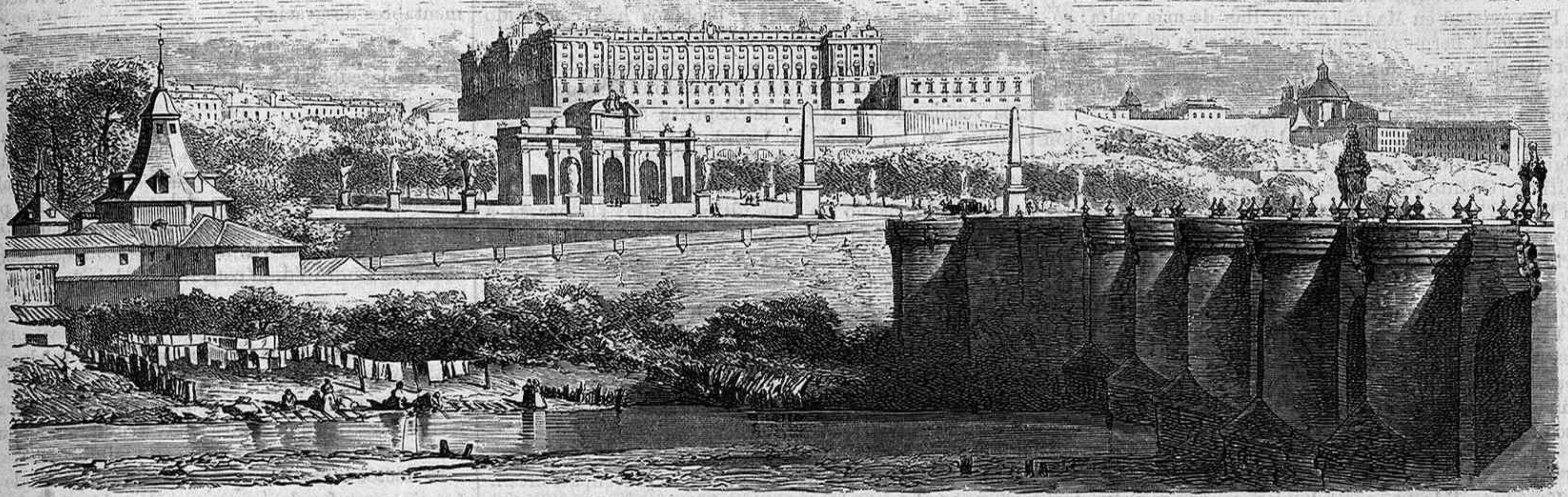


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

AÑO I.

MADRID 12 DE ABRIL DE 1870.

NÚM. 7.º

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isido o Fernandez Florez.—La Bendición de las palmas, por don Angel Avitès.—Cédula de indulto del siglo xv, por el doctor Thebussem.—El Autor y el público, por D. S. de Liniers.—El Caballo blanco de la prensa política, por D. Luis Rivera.—Rodrigo (romances), por don Francisco Luis de Retes.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florento Janer.—Don Adelardo Lopez de Ayala, por A.—Don José Maria d Beranger, ministro de Marina.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernandez Bremon.—La Semana Santa, por B.—Revista científica, por D. José Genaro Monti.—El pié, por D. Julio Monreal.—El pantano de Lorca.—El pendon de guerra del gran cardenal Mendoza, y la espada de Boabdil, por B.

GRABADOS.—D. Adelardo Lopez de Ayala, fotografia de Laurent.—Pantano de Lorca, del mismo.—D. José Maria de Beranger, ministro de Marina, del mismo.—Bandera del gran cardenal Mendoza, dibujo de D. Valeriano Becquer.—Mesa de petitorio, de D. Francisco Torras.—Procesion de Semana Santa en Palencia, de don José Casado del Alisal.—Bendición de las palmas, dibujo de D. Carlos Mógica.—Puñal de Boabdil, fotografia de Laurent.—Jeroglífico.

ECOS.

Un dia y otro caminamos alegres y descuidados, cantando nuestros placeres entre ese rumor que se levanta al cielo desde la tierra, y que es la respiracion de las ciudades.

Pero un dia llega tambien en que el hombre, tan descuidado y alegre, detiéndose al hollar las más tempranas

flores de la primavera. Sus piés han tropezado con un sepulcro.

Los cantos de alegría espiran en su garganta: se agolpan las lágrimas á sus ojos, y dobla la frente con respeto y amor. Aquel sepulcro es el de Cristo.

Entónces va á los templos y fortalece allí su alma. ¡Qué misterio en aquellas sombras que llenan la anchurosa nave! ¡Qué sagrado terror inspiran aquellos crespones que cubren la desnudez de las paredes! ¡Qué triste susurro el que flota en aquella atmósfera de pálida luz y que despiden los labios como instrumentos del universal concierto en que el hombre eleva á Dios sus oraciones!

Despues... la sociedad sigue su camino. Las iglesias vuelven á la tranquilidad acostumbrada. El hombre ha entrado nuevamente en el taller y en la fábrica: á las voces del órgano sucede el estrépito de las máquinas, el trabajo á la oracion.

Pero dejar la oracion por el trabajo, no es ofender á Dios: es únicamente variar la forma de adorarle.

Hay en Madrid gran número de mujeres hermosas. Id á la Fuente Castellana, á los conciertos, á los teatros, y convendreis en ello.

Pero si despues de ver en esos sitios á las damas que tienen por su belleza más nombradía en la córte negais el hecho, aún sé que puedo convenceros: esperad que llegue un dia de Viernes Santo; dad una vuelta por



DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

de esta
ficio pala.
EMON.
FRANZ.
os abonos
renovarlos
que no ex-
meros.
edan tener
ritores di-
r. Director
za de Ma-
aquería de las
io, Durán, San
io, Corredera
E.
IMPARCIAL, se
rifa siguientes:
10 »
28 »
52 »
100 »
50 »
90 »
170 »
RO.
200 »
300 »
no se haya an-
Rico, la empre-
TE 5.

LA BENDICION DE LAS PALMAS.

La ceremonia de la bendición de las palmas el Domingo de Ramos, primer día de Semana Santa, ceremonia cuyo origen se remonta al tiempo de los Apóstoles, tiene por objeto conmemorar la entrada de Jesucristo en Jerusalem, cinco días antes de ser crucificado.

San Mateo, que fué el Evangelista que escribió primero acerca de la Vida, Pasión y Muerte del Hijo de María, dice así:

«En aquel tiempo acercándose Jesús á Jerusalem, luego que llegaron á la vista de Betphagé al pié del monte de los Olivos, despachó á dos de sus discípulos, diciéndoles: id á esa aldea que se vé enfrente, y sin más diligencia encontrareis una asna atada y su pollino con ella; desatadlos y traédmelos. Que si alguno os dijese algo, respondedle que los há menester el Señor; y al punto os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el Profeta: «decid á la hija de Sion: «Mira que viene á tí tu Rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo.» Idos los discípulos, hicieron lo que Jesús les mandó; y trajeron el asna y el pollino y los aparejaron con sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una gran muchedumbre de gente tendían por el camino sus vestidos; otros cortaban ramos ú hojas de los árboles y los ponían por donde había de pasar. Y tanto las gentes que iban delante como las que venían detrás, clamaban diciendo: «¡Hosanna: gloria al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor!»

Así dijo el Evangelista en lengua hebrea unos ocho años después del tremendo drama del Gólgota, que abrió nuevos horizontes al linaje humano. Por eso comienza la Iglesia católica con la solemnidad de las palmas la conmemoración de la Pasión y Muerte del Dios hombre.

Esta, que es una de las primeras dominicas del año, se llama *dominica ramarum, seu florum, seu palmarum*, Domingo de Ramos, de las flores ó de las palmas, aludiendo á la manera con que fué acogido Jesús al entrar en la antigua Sion. También recibió este día el nombre de *pascua petitem, seu compstencium*, de la costumbre de pedir el símbolo ó credo aquellos que habían de bautizarse para hacerse cristianos; el de *capitalium*, porque las madres lavaban las cabezas de sus pequeños para que fueran limpios á recibir el agua bautismal; y de las *indulgencias*, porque los soberanos aprovechaban esta solemnidad para otorgar la gracia del indulto á los presos y condenados á muerte: costumbre que, trasladada al Viernes Santo, aún dura en España.

Un hecho histórico importantísimo nos recuerda que también solía llamarse el Domingo de Ramos Domingo de *Pascua florida*. Cuando el almirante Ponce de Leon arribó á la costa oriental de la América del Norte, púsole el nombre de *Florida*, por haberla descubierto en tal día del año 1513.

Con grandísima solemnidad se celebra en los países católicos la ceremonia de la bendición de las palmas y la procesion de Ramos. Reunido el pueblo en los ámbitos espaciosos de la catedral ó en el reducido recinto de la ermita, vestidos de gala y fiesta y llevando amarillas palmas, tales como la naturaleza las ofrece, ó como la habilidad y la devoción las adornan, comienza el acto con ceremonias y preces de los sacerdotes, acompañadas del canto religioso y los acordes del órgano. Corrientes misteriosas de perfume y armonía; ondas sonoras que llevan al oído y del oído al alma el inspirado acento de la unción religiosa; blancas nubes de incienso que se difunden por las altas bóvedas y cuyo suavísimo olor deleita los sentidos; reflejos de seda, terciopelo, plata y oro; luz que penetra por los pintados vidrios de las ojivas y rosáceas tomando sus colores y matices; luz que despiden en largos rayos los cirios y las velas de los altares.

Aun aquellos en cuyos corazones se ha embotado ó ha desaparecido el sentimiento religioso, no pueden prescindir tan grandioso espectáculo sin experimentar una sensación indefinible de admiración y de respeto; y es que la religion, aun en sus menos perfectas manifestaciones, despierta y desarrolla los mejores impulsos del alma humana, como prestan al arte los más hermosos elementos con que siempre ha tratado de realizar el ideal de la belleza. El arte antiguo se manifiesta en toda su plenitud, reproduciendo los dioses de la mitología, y el arte cristiano crea las catedrales, admirable síntesis de cuanto pueden producir, unidas con el más noble objeto, la arquitectura, la escultura, la pintura, la música, la poesía y la elocuencia. Pero volvamos al objeto principal de esta líneas.

Acabadas las oraciones que marca el ritual, y á que antes nos hemos referido, procede el celebrante á bendecir las palmas y los ramos de los sacerdotes que le han acompañado en las anteriores ceremonias; bendición que se extiende á las que con este objeto mismo ha llevado el pueblo. Después se verifica la procesion, que recorre el circuito del templo saliendo fuera de él á más ó ménos distancia, según las costumbres particulares de cada población. Al regresar se adelantan dos ó más sacerdotes, penetran en la iglesia y cierran tras sí la puerta. Llegados á ella los demás ministros y acompañantes, cantan los de adentro y les contestan los de fuera el himno *Gloria, in excelsis*. Terminado éste, el subdiácono toca á la puerta del templo con el astil de la cruz, la puerta se abre y entra la procesion entonando cánticos. Celébrase acto seguido una misa solemne, y concluye la función religiosa.

La apiñada multitud sale entonces del templo llevando palmas y ramos ya benditos, y es de ver el afán un si es no es profano con que los jóvenes, situados á la puerta en dos largas filas, miran y remiran á las muchachas que van pasando acompañadas de sus respectivas mamás. Una imperceptible sonrisa, una mirada de soslayo, una seña que creen comprender sólo dos personas y que sin embargo entiende todo el mundo, indican el deseo de trocar cuanto antes la palma por el mirto. ¡Felices vosotros los que así podeis ocupar vuestro pensamiento! No es ese el de aquellos ancianos que salen también de la iglesia, agobiados ya por los años ó por los achaques. Confundidos van todos, niños y viejos, ricos y pobres, porque la iglesia es la casa donde todos son iguales, donde el magnífico traje de seda y la costosa mantilla de blonda se rozan y confunden con el humilde vestido de percal y la tosca saya de estameña.

Las palmas benditas sirven para adornar los balcones de las casas, y especialmente en provincia apénas hay balcon ó ventana que no estén engalanados de esta manera. Hasta tal punto llega la fé de algunas familias en los pueblos de España, que se consideran más seguros de tormentas y rayos con la bendita palma, que con cien agujas de las que inmortalizaron el nombre de Franklin. Esas mismas familias guardan los ramos para que sirvan de amuleto en la cuna del recién nacido, para rociar con agua bendita el rostro del que yace en el lecho de muerte, para ornar el féretro de la joven doncella; y como ramos y palmas se renuevan de un año á otro, al sustituir con el último el anterior, arrojan éste al fuego para que no pueda ser profanado.

Antiguamente se celebraba la bendición de las palmas y la procesion de los Ramos fuera del pueblo para imitar mejor la entrada de Jesús en la ciudad santa. Donde más propiamente se verificaba esta solemnidad era en Jerusalem. El Domingo de Ramos por la mañana salía la comunidad de la orden de franciscanos del convento de San Salvador; seguíanla los peregrinos y los demás cristianos que se hallaban en la ciudad, y todos se encaminaban á Betphagé, lugar situado á corta distancia de Jerusalem, entre esta población y la de Betania.

Ya allí, entonaban cánticos y preces; y seguidamente el padre guardian, imitando á Jesucristo, enviaba á dos religiosos por el asna, preparada de antemano con su pollino en el sitio que marca la tradición.

El padre guardian bendecía entonces los ramos y las palmas del pueblo, y al regresar los religiosos enviados, tomaba una palma, montaba sobre la borrieca enjaezada lujosamente, y se dirigían todos en procesion á Jerusalem entonando cánticos de alabanza. El trayecto desde Betphagé hasta la ciudad se cubría literalmente de capas, vestiduras, palmas, ramos y flores: de modo que la burra sobre que iba el padre guardian, no tocaba ni una vez á la tierra del camino.

El padre Fr. Antonio del Castillo, que presenció esta solemnidad á principios del siglo XVII, dice acerca de ella las siguientes palabras, tan gráficas como sencillas:

«En mi tiempo había en Jerusalem un jumentillo que había hecho aquella entrada catorce veces, y estaba ya tan habituado á aquella función, que siendo muy inquieto, aquel día caminaba tan humilde y sosegado que parecía tenía juicio, según iba de sosegado; y adonde veía que el suelo no estaba ó con capa ó con otra ropa, ó flores ú otra cosa alguna cubierto, no quería caminar ni dar paso alguno. Y siendo así que el trecho que hay desde Betphagé á Jerusalem no es muy pequeño, jamás pone el jumento los piés en tierra descubierta.»

La procesion de Ramos y la bendición de las palmas, tales como las hemos descrito, dejaron de celebrarse poco después de verlas el padre Castillo, á causa de no poder satisfacer los cristianos al bajá de Jerusalem los excesivos derechos que por ello les imponía la autoridad mahometana. Hoy aquellos actos se verifican como en los demás puntos católicos.

En Roma es donde la procesion del Domingo de Ramos se celebra suntuosamente aun hoy día; pero su descripción sería demasiado larga, por lo cual la omitimos, remitiéndonos á la que hace el Sr. Bastús en su curiosa obra *Commemoracion del deicidio*, que nos ha suministrado abundantes datos para el presente artículo.

No concluiremos, con todo, sin decir algo acerca del interesante suceso en virtud al cual disfruta una familia de San Remo, pueblecito de la costa de Génova, el privilegio exclusivo de proveer de palmas para la festividad del Domingo de Ramos á todas las iglesias de Roma.

Transportado en tiempo del emperador Calígula á la ciudad de las siete colinas, había en Roma un colosal monolito procedente del alto Egipto, donde sirviera en tiempos remotos para adornar un templo dedicado al sol. Su peso era de 963.537 libras romanas, y de más de 100 piés su altura.

Algunos pontífices habían pensado levantar en medio de la plaza de San Pedro un obelisco, del que formara parte, como aguja, este magnífico trozo de granito; pero la dificultad de la empresa había arreadrado hasta al mismo Miguel Angel, á ese genio incomparable que concibió y pintó el juicio final, y que indudablemente habría llevado á cabo este intento extraordinario, si para ello hubiese bastado emplear la inmensa fuerza de su talento poderosísimo.

Un hombre de genio también, el Papa Sixto V, fué el que realizó los deseos de sus predecesores.

Habiendo llamado á concurso á los más célebres arquitectos de la época, eligióse entre los planes propuestos el del joven Domingo Fontana, que ayudado de ochocientos obreros, ciento cincuenta caballos y sesenta máquinas, puso en práctica su proyecto el 10 de Setiembre de 1586.

Como en momento tan solemne importaba no distraer la atención del arquitecto y sus auxiliares para que, dadas y oídas claramente las órdenes, se ejecutasen con precisión y rapidez, impuso Sixto V pena de muerte á todo espectador que se atreviera á pronunciar una palabra durante el acto.

Comenzaron las maniobras, y el pesado monolito principió á elevarse muy despacio. A él se dirigían millares de miradas; pero ni una sola voz, ni el casi imperceptible ruido del aliento, turbaba la operacion atrevidísima.

Llegó un instante en que el inmenso trozo de piedra dejó de ascender, y fácil es de calcular el espanto de Fontana, de los obreros, de la apretada y silenciosa muchedumbre, del pontífice mismo. Todos ignoraban el motivo de aquella súbita detencion.

Entonces una voz ruda y penetrante, la voz de un hombre acostumbrado á las maniobras marítimas, exclamó:

— ¡Acqua alle funi! — ¡Agua á las cuerdas!

Y en efecto, Fontana ordenó acto continuo mojar las cuerdas, y la colosal operacion tuvo el éxito que todos anhelaban.

Al dar tan oportuno consejo, sólo pensó aquel marino en evitar que á causa del rozamiento se incendiasen las cuerdas y cables; pero sucedió que contraidos éstos al recibir el agua, arrastraron consigo la colosal aguja hasta la altura necesaria.

Sixto V, logrado su objeto por aquel medio maravilloso, quiso recompensar al que lo había propuesto y preguntóle qué gracia quería que le otorgase. El marino, cuyo padre poseía un bosquecillo de palmeras cerca de Génova, pidió para el autor de sus días y para toda su descendencia el privilegio exclusivo de surtir de palmas las iglesias de la Ciudad Eterna en la solemnidad del Domingo de Ramos. Como es grandísimo el número de ellas que en tal día se gastan en Roma, la familia del marino de San Remo logró acumular una fortuna más que mediana, que aún subsiste.

Todos los años, pues, á contar del inolvidable de 1586, hacen la travesía desde San Remo á Civitta-Vechia una multitud de falúas genovesas cargadas con palmas que han de bendecirse en la capital del mundo católico; y si por acaso la tormenta agita sus negras alas sobre aquellos marinos, las palmas son para ellos áncoa de salvacion: arrojan algunas al encrespado mar, en la poética y tradicional creencia de que esto basta para calmar el impetu violento de las olas embravecidas.

ANGEL AVILÉS.

CÉDULA DE INDULTO DEL SIGLO XV.

La circunstancia de publicarse este número de LA ILUSTRACION DE MADRID en los días de Semana Santa nos mueve á insertar en él, con licencia de su autor y suponiendo que no desagradará á nuestros lectores, la siguiente carta:

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ ALVAREZ DE TOLEDO, XVIII DUQUE DE MEDINA SIDONIA, ETC. ETC., ETC., MADRID.

Excelentísimo Señor:

Muy señor mío y de todo mi afecto: Hace pocos días que registrando algunos legajos de antiguos manuscritos españoles, comprados no há mucho en su país de us-

"toda la mi justicia civil é criminal que me pertenece é pertenecer pueda é deba en cualquier manera, por razon de todos los crímenes é delitos é maleficios fechos é cometidos en mi tierra é señorío hasta hoy por cualesquier personas, é las penas á que por ellos son ó deben ser condenados de justicia, quier sean ó deban ser de muerte ó lision ó destierro ó otras penas corporales ó pecuniales provistas en derecho por razon de los dichos delitos, seyendo aquellos perdonados por las partes danificadas á quien los dichos crímenes é delitos tocan, é non habiendo partes que dellos quejen, en suyo agravio é perjuicio sea. Por ende yo vos mando que así lo fagais luego pregonar é notificar por toda la dicha mi tierra é señorío, en manera que á todos sea notorio para que los tales delincuentes vengan ó envien ante mí á

"añade, que como estas cosas dan loor, es razon que lo lleve el dicho duque de Medina."

Curiosa, por lo separada que se halla de nuestras costumbres, es una de las cláusulas del testamento de este duque. Habla en ella del riquísimo tesoro que tenia encerrado en una de las cuerdas de la célebre y magnífica fortaleza de su villa de Niebla: dispone cómo ha de custodiarse desde el día de su fallecimiento hasta que personalmente la duquesa doña Leonor, su esposa, y don Enrique, su hijo, juntos y no el uno sin el otro abran las puertas y penetren en la estancia con el criado Juan de Barahona y con el oficial de los libros Gonzalo Hernandez: éstos jurarian guardar secreto de lo que allí vieses, y haciendo dos porciones del tesoro, las entregarían á la duquesa y al hijo. El alcaide de la fortaleza prestaría



MESA DE PETITORIO.

ted, he hallado uno, curioso á mi juicio y relacionado con uno de los poseedores de la casa y título que usted lleva en la actualidad.—Es la cédula ó carta original de indulto concedido á sus vasallos por D. Juan de Guzman el Viérnes Santo del año 1494. Hállase perfectamente conservada y escrita sobre una hoja de papel fuerte de hilo que mide 27 centímetros de largo por 21 de ancho, con la conocida filigrana de *mano y estrella*; consta de 22 renglones de letra *cortesana*, algo confusa, sin contar los que ocupan las firmas autógrafas del *duque* y de su *secretario*, y, salvos los yerros que pueda yo cometer al verificar el traslado, el documento á que me refiero dice así:

"YO DON JUAN DE GUSMAN DUQUE DE LA CIUDAD DE MEDINA SIDONIA conde de Niebla, señor de la noble ciudad de Gibraltar, fago saber á vos los concejos, alcaydes, alcaldes, alguaciles, é los trece regidores é jurados, cavalleros, escuderos, oficiales é omes-buenos de toda mi tierra é señorío é a cada uno de vos: Que por reverencia é acatamiento de la semana santa en que estamos é de la muerte é pasion que en tal día como este viérnes santo de la cruz, nuestro redemptor jesu-christo recibió por salvarnos, el cual usando de su infinita clemencia quiso perdonar é perdonó dando á nos ejemplo é santa dotrina para que otro tanto hayamos de hacer, é por qué por su piedad perdone las animas de los duques mis señores mi padre é abuelo, que sancta gloria hayan, é la mia cuando á sí le placiera llevarla, é guardar é acrecentar mi vida é estado é de la duquesa mi muy antada mujer, he acordado remitir é perdonar

"me notificar é hacer saber en lo que cada uno es culpado, é las penas á que han sido condenados los que sentenciados estuvieren, porque visto lo susodicho, non quitando el derecho que pertenece á las dichas partes danificadas que perdonado no obieren, les mandaré dar mis cartas de perdon en la forma que para el remedio de cada uno convenga.—Fecha veinte é ocho días de marzo, año del nacimiento de nuestro salvador jsuxpto de mill é quatrocientos é noventa é quatro años.—

"EL DUQUE."

"Por mandado del duque;
Rodrigo de Sigura."

Presumo que esta cédula se escribió en Sevilla.—Atendidas su fecha y cabeza, no hay duda en que fué expedida por D. Juan Perez de Guzman y Mendoza, III duque de Medina Sidonia y V conde de Niebla, quien poseyó estos y otros estados desde 1492 á 1507. Hallóse, al decir de los más autorizados cronistas, en las tomas de Málaga, Granada, Alora y Setenil, y contribuyó eficazmente á sofocar la rebelion de los moros de las Alpujarras.—Al expresado duque se debieron las importantes conquistas y la reedificacion de Melilla y de Cazaza, en los años de 1497 y 1506.—Cuantiosas sumas gastó en esta empresa dirigida por sus criados Pedro Estopiñan, Gomez Suarez, Garcia de Leon Vandaló, Mariño de Rivera y otros hábiles y expertos capitanes.—El ingénuo Pedro Barrantes asegura "que D. Juan de Guzman fué el primero que ganó y sustentó pueblo en Africa, y,

pleito-homenaje de no recibir á nadie en el castillo, donde harian guardia noche y dia cuatro regidores para que no se hiciese fraude ni engaño en el tesoro.

Intil fué la prevision del rico é ilustre antepasado de Vd. El discolo y turbulento prócer D. Pedro Giron, marido de doña Mencía de Guzman, hija del testador, diz que fué quien partiendo por entero recogió los ciento treinta cuantos que en monedas de oro y plata formaban aquel depósito, que en vano habian procurado tener seguro las torres y barbancas de Niebla, y la prudencia, cautela y buen deseo de D. Juan de Guzman.

Perdone Vd., señor duque, que distraidamente haya dejado correr la pluma dándole noticias que para Vd., tan versado en la historia de su casa y linage, son sin duda sobradamente conocidas. Separándome de este camino, y suplicando á Vd. que considere tachados los tres párrafos anteriores, diré que la cédula de perdon es de algun interés histórico y legal, pues ella podria servir de dato seguro para fijar la época en la cual el derecho de indulto quedó reservado únicamente á los reyes. No conozco á fondo la legislacion de España; pero me figuro que han de ser pocas las cartas análogas y posteriores á la dada por su abuelo de Vd. En el año de 1494 los vecinos de Medina Sidonia y su tierra recibian el indulto de su señor jurisdiccional; en tiempos posteriores del rey; hoy del Regente de la nacion... ¿De quién lo obtendrán en 1970?

Poquísimo nos importa calcularlo, pues esto será cuenta de los que vengan detrás de nosotros. No crea Vd., señor duque, que ha sido necesaria la carta de D. Juan de

Guzman pa
Tengo siem
nes que le
mula sino
vidor Q. S.

Wartzbou

EL AUTOR

Yo no sé
rimentaran
emociones
mento al a
no de una
sé decir q
tan activa
rios aconte
de tal man
de mi inte
y hace ca
el autor, e
nocido, ap
do, mient
relaciona
por la in
multitud,
emociones
dar su fal
brutal, p
justo casi
ta impacie
palcos y g
levantarse
tan reñido
ba en mi
tendencias
llegó á ol
de si soy
y si me to
representa
dos papel
de discipu
reo, de ví
El aut
dos enigm
mente tra
se; dos e
aborrecen
electricid
que concl
se en fulg
dorosa ch

Ambos
va á deci
piensa el
va á deci
piensa el
Singular

to corre p
nico; dir
de la con
co, de e
que el au
cir el es
servacion
trar hast
rincones,
ver con u
vez con u
¡Terri!

El hip
envidios
pecadora
hacerla t
Hay o
fibra que
tocar.

Se alz
preparar
poco: d
un trium
El pú
buena fé
victoria
ambos c
El au
en su v
tada por
especta

Guzman para que yo recuerde á Vd. Nada menos que eso. Tengo siempre á Vd. muy en memoria, pues las atenciones que le he debido nunca se olvidan, y así, no por fórmula sino de verdad, repite á Vd. que es su amigo y servidor Q. S. M. B.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Wurtzbourg, 31 dias de Marzo de 1870.

EL AUTOR Y EL PÚBLICO.

Yo no sé si todos experimentarán las mismas emociones que yo experimento al asistir al estreno de una comedia. De mí sé decir que tomo parte tan activa en estos literarios acontecimientos, que de tal manera una porción de mi inteligencia se une y hace causa comun con el autor, célebre ó desconocido, aplaudido ó silbado, mientras que otra se relaciona y toma partido por la inquieta y ávida multitud, que ansiosa de emociones y dispuesta á dar su fallo despiadado y brutal, pero brutalmente justo casi siempre, se agita impaciente en butacas, palcos y galerías ántes de levantarse el telon; que tan reñido combate se trababa en mi alma entre estas tendencias contrarias, que llego á olvidarme á veces de si soy público ó autor, y si me toca aquella noche representar los encontrados papeles de maestro ó de discípulo, de juez ó de reo, de víctima ó verdugo.

¡El autor y el público! dos enigmas que mutuamente tratan de descubrirse; dos enemigos que se aborrecen y se buscan; dos electricidades contrarias, que concluyen por juntarse en fulgurante y esplendorosa chispa.

Ambos se temen.—¿Que va á decirme el autor?— piensa el público.—¿Qué va á decirme el público?— piensa el autor.

Singular estremecimiento corre por el palco escénico; diríase el escalofrío de la conciencia del público, de esa conciencia en que el autor va á introducir el escarpelo de su observacion, que va á registrar hasta en sus últimos rincones, que va á conmovier con un recuerdo... tal vez con un remordimiento.

¡Terrible ansiedad! El hipócrita prepara su más beatífico semblante, el envidioso apresta su mejor sonrisa benévola, la hermosa pecadora tanea su colorete y se asegura de que no ha de hacerla traicion en el momento crítico.

Hay que estar preparados: nadie sabe cuál es la fibra que el poeta va á herir, cuál la cuerda que va á tocar.

Se alza el telon; público y autor, se miran cara á cara, preparan sus armas y comienzan la lucha. Dura ésta poco: desde las primeras escenas se puede pronosticar un triunfo ó una derrota.

El público es un adversario que lucha casi siempre de buena fé y se presenta á cara descubierta; si vence, su victoria es terrible; si es vencido, celebra su derrota; en ambos casos lleva su franqueza hasta la barbarie.

El autor es más refinado en su triunfo y se ceba más en su victoria; una vez lanzada la idea, una vez aceptada por el público, desaparece de la escena, y deja al espectador envuelto en la red que hábilmente ha tejido

con sus pasiones, con sus afectos, con sus vicios ó con sus ridiculeces.

Apoderarse del público, introducirle á viva fuerza en la accion, mezclarle en ella, obligarle á que se roce con los personajes, á que se reconozca igual suyo, á que toque con su propia mano los corazones que palpitan, y arrancar de su incredulidad esta confesion: "¡esto es verdad!" tal es el oficio del autor dramático y los medios de que se vale el que verdaderamente conoce los

Parece que el público es una masa de hombres hecha de distinto barro que los empresarios y los poetas, que cuando le hablan desde el tablado no los comprende, y cuando le dan los buenos dias en la Puerta del Sol les contesta poco más ó ménos en su mismo lenguaje. Parece que es exclusivo defecto del público moderno esa enemiga que le separa de los autores, ese duelo á muerte que al levantarse el telon comienza entre ellos; duelo en que el bueno del público, ese conjunto de distraídos, ese batallon de gente del bronce, esa coleccion de picarones, que han pagado á duro los tres piés de terreno, está dispuesto á cubrir de aplausos al que le conmueva, le subyugue y le venza.

"Ahora, si ni me conmueve Vd., ni me domina, ni me entenece, permítame Vd., señor empresario, —dice el público— que me retire en silencio á mi casa, guardando del relente de la noche unas fibras que su espectáculo de usted no ha hecho vibrar, pero que le aseguro tengo dispuestas para mejor ocasion: á la entrada compré el derecho de silbarle; agrádeczame Vd. que no le haya empleado, y no tenga la injusticia de acusar mi indiferencia, que le permite á Vd. dar ocho noches una funcion que en ley de justicia no debia usted haber presentado ni una sola: soy un egoiston, lo confieso; un digno hijo del siglo XIX, indiferente y descreido, que ni me apasiono por lo grande ni me sublevo contra lo malo, convenido; pero haga usted la prueba, déme Vd. alguna cosa realmente sublime, y veremos si la aplaudo ó no, porque desde hace mucho tiempo, lo que usted llama indiferencia hácia lo bueno, no ha sido sino tolerancia con lo malo. Hace mucho tiempo que si yo no fuera tan distraido y tan frívolo, hubiera tenido que cerrar su teatro.

"Y adios y hasta otro viérnes, ú otro lúnes, ú otro sábado, en que vuelva Vd. á contarme, y yo á escuchar con paciencia, cómo una mujer de mal genio es ménos agradable que otra dulce y benévola; cómo un marido no debe dejarse dominar por su suegra; cómo un hombre corre peligro en su paz doméstica, si consiente á su lado un amigo entrometido y envidioso; cómo los casamientos por razon de estado son el estado de sitio de una familia; cómo hay niñas frívolas y niñas románticas, y capitanes de caballería y asistentes de la misma arma; y tias y viejas, por fuerza ridículas, en el mero hecho de ser viejas y tias; y primos pobres, por fuerza interesantes, en el mero hecho de ser pobres y primos; y usureros siempre con gafas verdes, y originales siempre con sombrero de media vara, y escribanos siempre pérfidos, y andaluces siempre graciosos; y me sirva Vd. siempre la misma comida en los mismos actos primeros, la misma disputa en los segundos y los mismos matrimonios á pares en los terceros."

Esto siente el público que asiste á los espectáculos teatrales, y esto le retrae de asistir á ellos. Como apesar de que periódicos, crítica, opinion pública y sufragio universal se dicen servidores del público, nadie ha oido decir nunca al público esta boca es mía: con la boca del público dicen los críticos, los pe-



DON JOSÉ MARÍA BERANGER, MINISTRO DE MARINA.

secretos del arte; tal es la explicacion de esos triunfos espontáneos que irreflexivamente concede el público, el verdadero público, que no está al corriente de las intrigas de bastidores, ni forma parte de una pandilla, ni de un grupo parcial y exclusivista.

¡Cuánto tiempo hace que en la escena española no resuenan esos aplausos que forman en una noche la reputacion de un hombre! ¡Cuánto tiempo que las reputaciones ya adquiridas duermen tranquilamente sobre sus triunfos, y que el público asiste noche tras noche á oír la vulgar historia que dos horas ántes le contaron en la vecindad, diluida en tres actos de pedestres versos ó de prosa de *La Correspondencia*!

¡Y se quejan los empresarios, y acusan al público de distraido y frívolo, y censuran el mal gusto que le lleva á los Bufos, la indiferencia que le conduce á los Circos, la crueldad que le convida á los toros, la pereza que le adormece en el Casino y la comodidad que le retiene en su casa!

—D. Hipólito Tentefirme...

—Mi sastre.

—Y las del ministro de Hacienda y el sub-secretario; pero éstas son gratis.

—Total: siete. ¿Sabe Vd. que me parecen pocas?

—No lo crea Vd. A provincias hemos remitido diez mil prospectos. ¿No hemos de recibir media suscripción por cada prospecto? Pues serán cinco mil. Cuento usted con cinco mil para el mes que viene. Además, ahora vamos á hacer propaganda en Madrid, y pronto verá usted los resultados.

Los resultados son que al cabo de algunos meses *La Constitución*, órgano de la opinión pública, ha perdido uno de los siete suscritores que tenía al principio. El abuelo del caballo blanco, que ha muerto sin duda por dejar la suscripción del periódico.

El caballo blanco, desesperado de no haber podido hacer la felicidad de la patria, se retira al hogar doméstico con la conciencia tranquila y el bolsillo más.

Otro periódico se encarga de cubrir las suscripciones pendientes de *La Constitución*, y un gacetillero exclama: *Ha vivido la vida de las rosas... ¡un día nada más!*

IV.

SÍNTESIS.

Al lado de los periódicos que tienen vida propia ó que representan á los grandes partidos políticos, vemos todos los días aparecer y desaparecer una infinidad de periódicos, en medio de la mayor indiferencia.

Todos vienen á llenar un vacío, y lo más particular es que, apesar de no haber realizado su misión, se van sin dejar ningún vacío en el campo del periodismo.

Es necesario que los hombres que se presentan con disposiciones para servir de caballos blancos, se convengan de que, para dirigir un teatro, como para fundar un periódico, no basta el dinero: es necesario ser del oficio.

Sólo así se comprende que todos los periódicos políticos que en Madrid han alcanzado vida propia, y por lo tanto crédito en la opinión, han sido fundados y dirigidos por periodistas.

LUIS RIVERA.

RODRIGO *

I.

Ancho toldo de verdura
Las serenas linfas cubre
De un sosegado y tranquilo
Remanso, del Tajo ilustre:
Las aguas leves, rizadas
Al soplo del viento dulce,
Besan las verdes orillas
Que el claro río circuyen,
En donde mecen gallardas
Sus corolas sin perfume
Las amapolas rojizas,
Las campanillas azules.
Al léjos, sobre las lomas
Apiñadas se confunden
Las entremezcladas vides
Que el preciado fruto encubren;
Fruto que al ardor estivo
En verdes racimos surge,
Que torna en néctar suavísimo
En sus lagares octubre.
Alza más cerca Toledo
Sus torres hasta las nubes,
Tendiendo el cuerpo gigante
Sobre las tajadas cumbres,
Y con poderoso fuego
Que vida y ardor difunde
En el cénit suspendido
De julio ardiente el sol luce,
Cubierto del verde toldo
Por la sombría techumbre.
Una mujer, más hermosa
Que los celestes querubas,
Por gozar del fresco río
La apacible mansedumbre,
Suelta los blancos cendales
Y el albo seno descubre,
Que con su dorada flecha
Por cincel, amor esculpe.
Quiere que la nívea espalda

* Estos cinco romances forman parte del *Romancero histórico español* del Sr. D. Francisco Luis de Retes, cuya publicación comenzará en breve.

En vagas ondas se inunde,
Y destréngase el cabello
Que cae en hebras volubles.
Lleva el breve pié á la orilla
Donde el agua mansa fluye,
Y retírala medrosa
Por más que el frescor la induce.
Otras veces decidida
Vencer el temor presume
Y á la ribera se acerca,
Avanza el pié, ceja y huye;
Pero de nuevo incitada
Por deseo y por costumbre,
Venciendo el temor, del río
En las claras olas se hunde.
Ya muellemente extendida
En las aguas se columpie,
Ya por vencer la corriente
Con la ola rizada luche,
Ya deslizándose al fondo
Conchas y arenillas busque,
Ya juegue con las espumas
Que al lado saltan y bullen;
Nadie su sencillo juego
Osadamente interrumpe,
No hay temores que la asalten
Ni importunos que la asusten;
En la soledad del río
Todo recato es inútil.
Mas, ¡ay! instrumento ciego
Fué de vengativo númen
Que sobre España desploma
De su ira la pesadumbre.
Fuerza es que el sol de la patria
Con negras sombras se anuble;
Así el destino lo ordena,
Así los hados se cumplen.
Que mueran sus nobles hijos,
Que cadenas la subyuguen,
Que sus campiñas se tornen
En sangrientos campos fúnebres,
Que el imperio poderoso
De los godos se derrumbe.

II.

Desde una elevada mira
De una torre que da al río,
Sobre la incanta doncella
Los ojos fija Rodrigo:
Contempla en las limpias aguas
Los femeniles hechizos,
De la juventud ardiente
Poderosos incentivos.
Hilos de ébano brillante
En el marfil esparcidos,
Mira caer destrenzados
Sobre la espalda los rizos,
Y de los rasgados ojos
Abrásale el fuego activo,
Y de las suaves mejillas
Le encanta el albor purísimo.
Y dando rienda al deseo
Incontinente y lascivo
Inmolar su honor intenta
En aras de su capricho;
Y ya con dolientes trovas
Que entona al pié del castillo,
Ya con generosas dádivas,
Ya con amantes suspiros,
Vencer la virtud pretende
De aquel hermoso prodigio,
Para baldon y desgracia
Del pueblo godo nacido.
En vano lucha; su honra
Es incontrastable risco
Dó se estrellan del rey godo
Los pérfidos artificios.
A los amorosos cantos
Cierra ventanas y oídos,
Devuelve las régias dádivas
Con orgulloso desvío,
Errantes van por el viento
Del monarca los suspiros.
Tan pertinaz resistencia,
Rigor tan firme y asiduo
La pasión del rey inflaman
Y su amor propio ofendido;
Saciarse por la fuerza intenta
Su vergonzoso apetito,
Rendir el soberbio muro
Por la virtud defendido,

Y obstáculos no encontrando
Sus malévolos instintos,
En las sombras de la noche
Su estancia escala Rodrigo.

III.

¡Padre! Si en más que la vida
Precias la honra y la fama;
Si no hay posible existencia
Cuando el honor no la ampara,
Dispon el puñal agudo,
Que ya mi pecho le aguarda,
Para limpiar con mi sangre
El baldon que tu honra mancha.
El triste llanto que vierto
Borrando va las palabras;
Mas si las palabras borra,
Borrar no puede mi infamia.
De los femeniles pechos
Armas son dolor y lágrimas,
De los pechos varoniles
Las vengadoras espadas.
Ojos que el baldon contemplan
Llanto inútil no derraman,
Rayos de rencor despiden
Que al vil forzador abrasan.
Venganza pide Florinda
Del rey que su honor ultraja;
Venganza el cielo te ordena,
¡Venganza! padre, ¡venganza!
Viste el acerado peto,
Ciñe las lucientes armas,
Monta el brido poderoso,
Toma la robusta lanza.
A voces para vengarle
Tu perdido honor te llama;
Llorando tu hija te espera,
Marcha, corre, vuela, avanza,
Salva el caudaloso río,
Traspon la mar encrespada,
Cruza el intrincado bosque,
Doma la agreste montaña;
Sobre el alazan brioso
Cabalga, padre, cabalga,
Te grita mi cuerpo impuro
Con la pureza de mi alma,
Que agravios que vengar tienes
Que han deshonrado tus canas,
Que muerta yace tu honra,
Que acudas pronto á vengarla,
Que la luz de mi existencia
En el oprobio se apaga,
Que el rey ufano se engríe
Con su vileza bastarda,
Que venganza ordena el cielo,
¡Venganza! padre, ¡venganza!
Al conde Julian escribe
Su hija Florinda esta carta,
Al conde Julian, que en Ceuta
Por Rodrigo gobernaba.

FRANCISCO LUIS DE RETES.

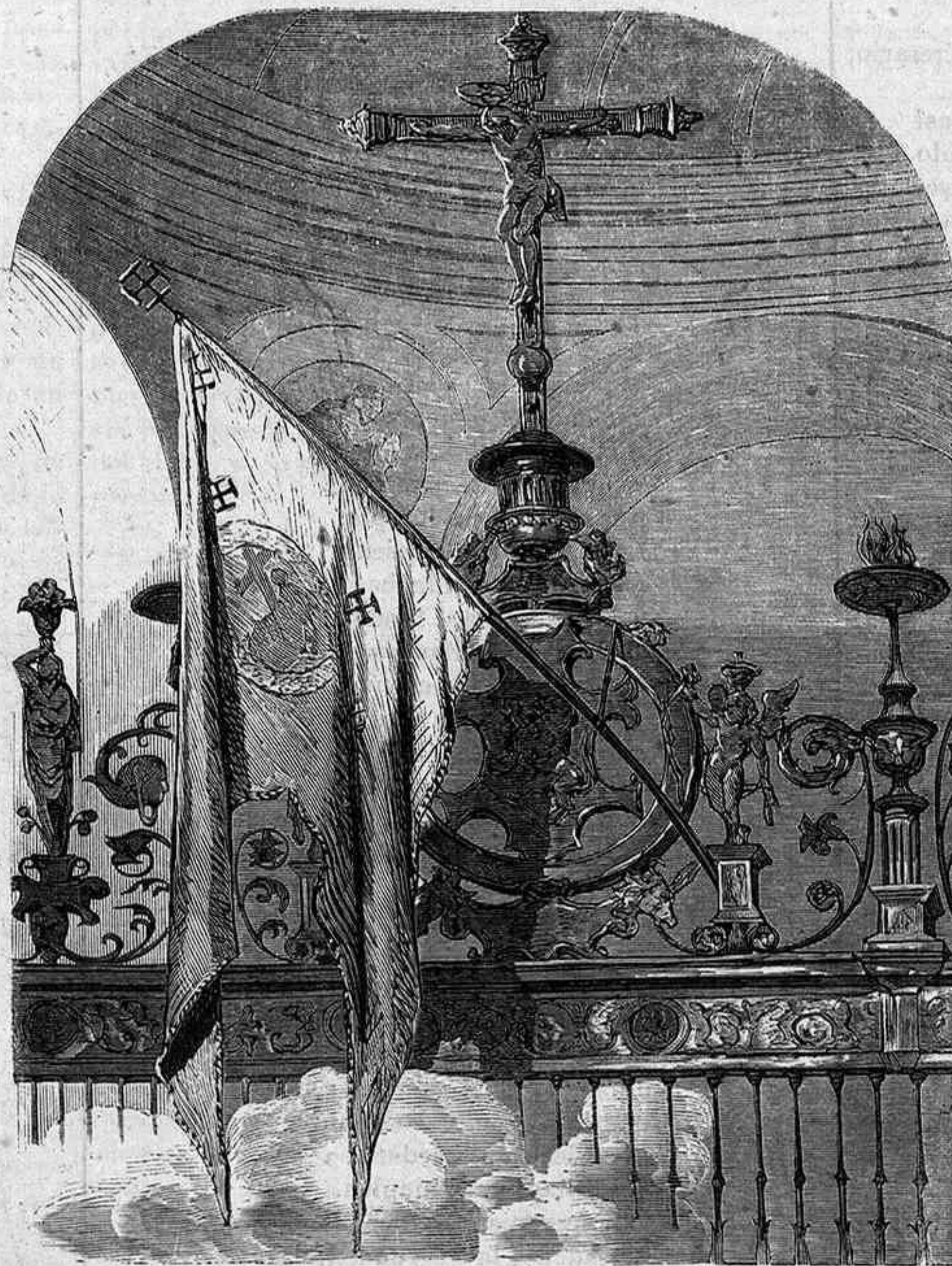
(Se concluirá.)

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,
ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Entre las recientes publicaciones que tiene anunciada la Academia Española, dijimos en nuestra anterior revista, figura como una de las más importantes la de las célebres *Cántigas de D. Alfonso el Sabio*. En efecto, después de la revolución de 1868, y á petición del académico Sr. Monlau, obtuvo la Academia autorización del Sr. Ministro de Fomento para traerse á Madrid los dos preciosos códices existentes en la biblioteca del Escorial que las contienen, lo cual no podía verificarse antes de este modo, por no depender aquella biblioteca del ministerio de Fomento, ni del gobierno, puesto que tanto la biblioteca como los códices eran del patrimonio de la Corona. Ignoramos qué clase de dificultades existirían antes de la revolución para que la Academia no hubiese podido consultar y utilizar los referidos códices en beneficio de las letras, á no ser que se redujesen al natural cuidado de no permitir salir fuera de la biblioteca del Escorial los códices ni los libros, por temor de involuntario extravío, peligro á que por otra parte no era preciso exponer tampoco las preciosidades de dicho

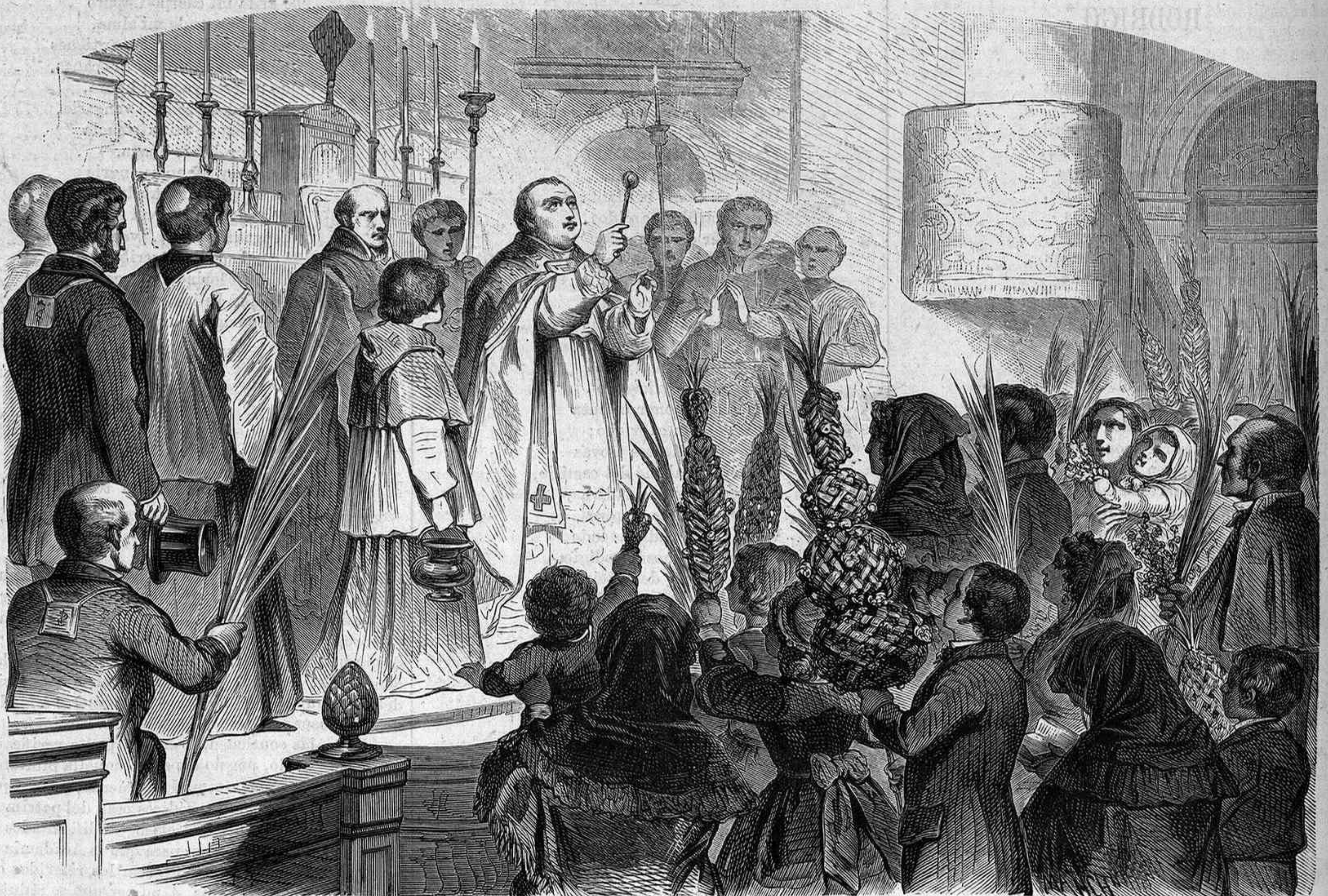
antiguo depósito, puesto que han solido facilitarse cuantas autorizaciones se han pedido para consultar allí mismo, extractar ó copiar los manuscritos. Cabalmente acerca de los mismos códices sabemos existe una real orden, ya anterior, autorizando á un literato para copiarlos y publicarlos si lo estimase conveniente; y cuando se permitia darlos á luz á un particular, cuya concesion existe todavia, no podemos creer que se hubiera negado á uno de los primeros cuerpos literarios de la nacion. Todavía podemos añadir otros antecedentes en pró de la verdad y de la justicia. La Reina doña Isabel II habia pensado y deseado publicar por cuenta de su real erario tan peregrinos códices, y sólo aplazaban los trabajos el coste de una edicion que se trataba fuese monumental y en exactos facsimiles. Casi todos los intendentes de Palacio habian acariciado semejante empresa, como un verdadero servicio á la historia de nuestras letras antiguas, como publicacion digna de la iniciativa de la sucesora del sábio Alfonso, y como recuerdo insigne del mérito de aquel estudioso y erudito monarca. Citaremos entre los intendentes al Sr. D. Francisco de Goicoerrotea, como uno de los que más anhelaban la publicacion de las *Cántigas*, y entre los diversos literatos que instaban por ella y promovian tan patriótica empresa, indicaremos en primer lugar al Sr. D. José Amador de los Rios. Hoy, sin embargo, teniéndolos la Academia en su casa y si cuenta con los recursos suficientes, será más afortunada en sus gestiones y podrá aumentar con una publicacion más el catálogo de las obras importantes que le debe la nacion española. Parece que no está lejano el día en que los amantes de la antigua literatura patria puedan apreciar las bellezas de la



BANDERA DEL GRAN CARDENAL MENDOZA.

obra poética de D. Alfonso, puesto que aprobado el informe que acerca de la conveniencia de su publicacion escribió el señor Monlau, resolvió la Academia que las *Cántigas* se publiquen como parte de la *Biblioteca de los clásicos españoles* en los tomos que sean necesarios; que este trabajo se confie al Sr. Monlau, y que la Academia costee las copias que han de remitirse á la imprenta. El Sr. Fernandez Guerra propuso que más adelante practique la Academia las gestiones convenientes para que de las *Cántigas* se haga oportunamente otra edicion semejante á la que de otras obras del Rey Sábido ha hecho la Academia de Ciencias exactas, con auxilio del gobierno, y en ello convino la Academia, y es de suponer que algun dia convendrá tambien en lo mismo el gobierno. Por último, segun aseguró en la última junta pública el secretario perpétuo de la Academia, el renombrado vate D. Manuel Breton de los Herreros, posteriormente se han tomado otras disposiciones para que la impresion sea tal como la requiere el valor literario de la obra, atendida su venerable antigüedad, la justa y universal nombradía de su autor augusto y el buen nombre de la Academia. Las copias, que es lo más importante, añadió el Sr. Breton de los Herreros, están ya hechas, su cotejo, el glosario y otros trabajos accesorios se activan en lo posible, y no se demorará más de lo preciso la realizacion de tan patriótica idea. Mucho lo celebraremos.

En el año que apenas acaba de trascurir ha publicado la Academia Española una nueva edicion de su *Diccionario de la lengua castellana*. Es la undécima, y segun se advierte en ella, se han hecho por la corporacion reformas importantes. Tambien se ha procurado que el precio fuese menor



LA BENDICION DE LAS PALMAS.



PROCESION DE SEMANA SANTA EN PALENCIA.

sto que
la con-
ó el se-
que las
e la Bi-
los to-
trabajo
ademia
rse á la
propu-
ademia
e de las
trá edi-
oras del
e Cien-
erno, y
de su-
bien en
segun
el se-
renom-
s Herre-
o otras
sea tal
o de la
giedad,
su autor
ademia.
te, aña-
están ya
ros tra-
sible, y
la reali-
no lo ce-
rascuir
ola una
e la len-
y segun
r la cor-
ambien
e menor

que el de las ediciones anteriores, el papel mejor, los tipos nuevos, etc., etc. Poco tardará asimismo en darse á luz, por estar en prensa, otro tomo de la *Biblioteca selecta de escritores castellanos*, que contiene las obras dramáticas de Juan de la Encina, recopiladas á ilustradas por el individuo de número D. Manuel Cañete.

Pero no sólo ha hecho recientemente publicaciones y tiene otras preparadas la Academia llamada de la Lengua, sino que ha querido además prestar tributos de respeto y admiración á nuestras glorias nacionales, colocando, á propuesta del Sr. Marqués de Molins, un precioso monumento mural en la fachada del convento de religiosas Trinitarias de Madrid, y una lápida de mármol en su parte interior, para conmemorar la sepultura del preclaro ingenio de los ingenios, el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra. Ambas inscripciones han sido costeadas por la Academia y debidas al reputado cincel de D. Ponciano Ponzano. También esta misma celosa corporación contribuyó con una cantidad para el monumento levantado en Salamanca en honra y prez del célebre fray Luis de Leon, y envió al solemne acto un representante suyo, que fué el Sr. D. Patricio de la Escosura, probando de todas maneras que no es indiferente la Academia á cuanto redunde en gloria y fama de los hijos ilustres de España.

No ha dejado de aumentarse, al propio tiempo, la biblioteca de la Academia, ya de suyo escogida, con donativos del gobierno, de los académicos de número, de los correspondientes españoles y extranjeros, de literatos así del país como de otras naciones, y de Academias y corporaciones de dentro y fuera de España. También se han comprado últimamente algunas obras; pero indicar cuáles hayan sido no tendrá tanto interés para la generalidad de los lectores, como recordarles lo que probablemente habrá llegado á su noticia respecto de los concursos á premios que viene anunciando periódicamente la Academia. Dos eran los que estaban pendientes de su ilustrado voto: uno *extraordinario*, cuyo tema era una composición poética en loor del Convento de Vergara, por el cual cesó la última de las muchas guerras civiles que han afligido la España, y al que no se adjudicó premio alguno, apesar de haberse presentado veintinueve composiciones; y otro *ordinario* para la mejor novela original, no histórica, de costumbres españolas contemporáneas, y para el mejor ensayo histórico, etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos desde el siglo x hasta nuestra edad. Nada ménos que veinticinco fueron las novelas presentadas en tan laudable lid literaria; pero ninguna mereció mayoría absoluta de votos ni para el premio, ni para el accesit, reconociéndose, sin embargo, mérito suficiente en tres de ellas para concederles mención honorífica. Llevaban éstas por título: *La calle de la Amargura*, *El Rastro y la condición*, debidas á ambas á la pluma de D. Manuel Juan Diana, y *Corte y Cortijo* escrita por D. Antonio Hurtado. En cuanto al estudio sobre los apellidos castellanos, despues de examinar las dos únicas Memorias á ellos referentes, creyó la Academia oportuno prorogar el concurso hasta fin de diciembre de 1870. Para el año de 1871 serán tres los temas del certamen: el primero el mismo estudio etimológico, histórico y filológico sobre apellidos; el segundo un *Catálogo razonado* de voces ibéricas y latinas usadas entre los muzárabes y que consten en documentos fehacientes, precedido de un estudio sobre el dialecto hispano-muzárabe; y el tercero, un esmerado estudio biográfico de cualquiera de nuestros más esclarecidos escritores de los siglos xvi y xvii, donde, con la novedad, autenticidad y abundancia de las noticias, compitan la gala y la pureza del estilo. Los plazos para presentar obras que aspiren á premios son diversos, y los premios consisten para cada uno de los temas segundo y tercero en una medalla de oro de peso de dos onzas con la empresa de la Academia, diez mil reales vellón, y quinientos ejemplares de la obra respectiva, habiendo de constar de mil las ediciones que de una y otra hará la corporación á sus espensas. Dos consideraciones se nos ocurren: primera que una edición de mil ejemplares, número el más usual en casi todas las ediciones de libros que se hacen en España, ya como máximun á que se atreven á llegar autores y editores, habla muy pobremente del mercado literario de España, y aún así, de la generalidad de ediciones se consumen los ejemplares en húmedos y olvidados sótanos, ó son vendidos tarde ó temprano al peso por papel viejo. Segunda: si los premios y lides literarias felizmente llevadas á cabo proporcionan gloria, ¿á qué calcular y anunciar de antemano el peso venal de las medallas de oro?

También, segun hizo público la Academia Española en su última junta anual, se ha aumentado el número de correspondientes españoles con el nombramiento del Sr. D. Francisco Javier de Leon Bendicho, humanista

distinguido y traductor feliz del poema de Valerio Flaco, *Los Argonautas*. Correspondientes extranjeros fueron nombrados D. Fernando Lois, en Bélgica, D. Cecilio Acosta, en Venezuela, y D. Juan Forje Braun, en Baviera.—Posteriormente, el día 25 de marzo último, celebró la Academia junta pública para recibir como individuo de número al Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala, literato que á su reputación de escritor dramático, reúne de poco tiempo á esta parte el atractivo que ofrece al público el hombre que como político ha figurado en uno de los sucesos más trascendentales para la nación: los acontecimientos de Cádiz en setiembre de 1868, que dieron por resultado la actual revolución española. No debemos ocuparnos aquí del Sr. Ayala por la parte que pudo ó quiso tomar en tan graves sucesos, sino sólo como académico de entrada que escogió un tema para su discurso de recepción, que le estudia y medita, y que sobre él escribe y desarrolla su Memoria. Ha versado ésta sobre el mérito del célebre D. Pedro Calderon de la Barca, y ha escrito el Sr. Ayala un nuevo elogio y panegírico de tan gran poeta. En él ha ponderado su espíritu religioso, leal, noble y caballeresco, y en cierto modo ha hecho la crítica de nuestro siglo y el elogio del de Calderon de la Barca, en que habia honra y moralidad, y orden y dignidad, y respeto para los reyes, galantería para las damas y amor para la religión de nuestros padres. Contestóle en nombre del cuerpo el Sr. Marqués de Molins.

No ménos brillantes han sido las tareas de la Academia de las tres Nobles Artes de San Fernando, corporación artística que tiene prestados muchos servicios á los preciosos intereses de su instituto, pero no tanto como en años anteriores. Sigamos el último resumen de sus actas, escrito por su secretario general el Sr. D. Eugenio de la Cámara, y quedarán enterados nuestros lectores de las vicisitudes que han sufrido recientemente sus trabajos. El número de Comisiones provinciales de monumentos no se ha aumentado en el año académico que acaba de transcurrir, y quedan aún por reorganizar las de Canarias, Ciudad-Real, Guipúzcoa, Logroño, Pontevedra y Teruel, dos de las cuales, las de Canarias y Pontevedra, se creía podrian acaso hacerlo muy pronto. «Los cambios radicales ocurridos en la política y administración desde setiembre del año pasado (1868) alcanzaron también algo á las comisiones de monumentos, naturalmente relacionadas con los centros administrativos provinciales, y resultó en ellas cierta perturbación sensible, que aún no ha desaparecido enteramente. Además del movimiento que estos cambios produjeron en el personal de muchas de ellas, además de la paralización de sus sesiones y trabajos científicos y artísticos, que era consecuencia del fuerte sacudimiento social que experimentó España, además de la penuria de fondos y medios materiales de acción que casi todas han experimentado por consecuencia del desequilibrio ocasionado, y cuyas oscilaciones, aunque paulatinamente, van disminuyéndose, no han cesado todavía del todo, no han faltado algunas provincias cuyas juntas revolucionarias de gobierno, poco enteradas de la organización y elementos constitutivos de estos cuerpos provinciales, pensaron en disolverlos y reconstituirlos bajo otras bases ajenas al pensamiento que predomina en su constitución. Cuéntanse en este número principalmente las de Segovia, Tarragona y Toledo.»

Pero en lo que la iniciativa de la Academia de las tres Nobles Artes ha sido recientemente más notoria, ha sido en las improvisadas reformas y ensanches de diversas poblaciones, que ya para promover obras, ya para realizar otros pensamientos, se han llevado á cabo despues de la revolución de setiembre. Oigamos cómo refiere su ilustrado secretario los trabajos de la misma y las pérdidas que recientemente han sufrido las bellas artes en España:

«No podía desconocer la Academia la sagrada obligación que sus estatutos le imponían de acudir presurosa á prevenir el mal que amenazaba, y así lo hizo desde los primeros momentos, elevando en 22 y 23 de octubre expresivas y reverentes exposiciones á los ministerios de Gobernación y de Fomento, dirigidas á rogar á los jefes de aquellos importantes departamentos del gobierno, que circularan á sus respectivas dependencias las órdenes convenientes para que no se procediese á disponer la demolición de ningun edificio antiguo, sin oír previamente el parecer de las Academias provinciales de Bellas Artes y de las Comisiones de Monumentos, y ofreciendo ella al mismo tiempo su franca y leal cooperación para secundar las miras del gobierno en todo cuanto pudiese contribuir á conservar ilesas las glorias artísticas é históricas de nuestra patria. Ambos ministerios admitieron con la mayor deferencia las indicaciones de la Academia: el de Gobernación, que ya espontáneamente habia dictado órdenes especiales á los gobernado-

res de Barcelona y Zaragoza, encaminadas á impedir las demoliciones de algunos importantes edificios de sus respectivas localidades, accediendo á los deseos de la Academia, expidió una circular con fecha 18 de noviembre á todos los gobernadores, encargándoles muy especialmente «la conservación de todos los monumentos que simbolicen recuerdos gloriosos, ó den testimonio del «brillo de nuestras artes ó de los sucesos grandiosos de «nuestra historia.» El ministerio de Fomento y su dirección general de Instrucción pública, conformándose asimismo con las indicaciones de la Academia, dirigió también en 14 del mismo mes una circular á todas las Comisiones provinciales de Monumentos, excitándolas á que «empleasen cuantos medios les concede el reglamento para evitar que se destruyese ningun edificio «que mereciese conservarse por su carácter histórico ó «artístico, y que dieran parte de cuanto ocurriese en «cada caso particular, seguras de que encontrarían decidido apoyo, así en aquel centro directivo, como en las «Academias de la Historia y de las tres Nobles Artes.» «Sin embargo, á pesar de todo, Barcelona ha visto desaparecer la bella iglesia de San Miguel, la más antigua acaso que existía en su recinto que conservaba restos de fábrica del siglo xii, una bonita portada de estilo plateresco, único ejemplar de su género en aquella ciudad, la original torre, y el magnífico mosaico romano que ha quedado enterrado bajo las ruinas: la pequeña y donosa iglesia de Junqueras, tan notable por la severidad de sus líneas y elegancia de sus proporciones, que la constituían en un verdadero modelo del arte ojival, con su primoroso claustro adjunto, obra del siguiente siglo, y siempre celebrado y admirado de todos por su belleza, majestad y poesía; y por último, la iglesia y convento de Jerusalem, obra curiosísima que representaba un período de transición en el arte y corresponde a los últimos años del siglo xv.

«Cádiz ha perdido hasta ahora solamente el convento de los Descalzos y las capillas contiguas de la Orden Tercera y Escuela de Cristo, que no tenían importancia alguna bajo el aspecto artístico, pero encerraban muy buenas efigies, obras del escultor valenciano Pedro de Vergara, de la artista sevillana doña Luisa Roldan y de otros autores del siglo xvii, las cuales han sido trasladadas á la catedral. Pero lo más sensible es que hay el proyecto de derribar la capilla de Santa María del Pópulo, la iglesia de la Merced y la de Capuchinos, templos todos que encierran retablos, efigies, cuadros y frescos de autores tan distinguidos como Clemente de Torres, Luisa Roldan, Zurbarán, Murillo y Meneses Osorio su discípulo, y que reúnen además la circunstancia, poco común en Cádiz, de conservar importantísimos recuerdos históricos, y algunos enterramientos de personajes ilustres. Sensibles son también las demoliciones de la iglesia y convento de los Descalzos de San Diego en el Puerto de Santa María, que tenia hermosas torres de estilo bizantino, y una Virgen atribuida á Murillo, así como los de las iglesias de monjas de la Vera Cruz y las Lágrimas, de San Cristóbal y de la Concepción en Jerez de la Frontera, aunque todas desprovistas de importancia artística. Huesca ha perdido también su templo parroquial de San Martín, hermoso ejemplar del estilo gótico de la mitad del siglo xiii; Granada su iglesia de San Gil, erigida en 1501, cuya arquitectura era por sus líneas, aunque no por su ornamentación, un recuerdo vivo de la decadencia del arte gótico, con bellísimas techumbres de ensambladura de estilo mudéjar, especialmente la de la capilla mayor que era muy hermosa, y una buena portada del renacimiento de la escuela de Diego de Siloé: los fragmentos de esta portada y de las techumbres han sido recogidos y conservados por la Comisión provincial. Zaragoza ha visto desaparecer las iglesias de San Lorenzo, Santo Domingo y las Recogidas, la primera del estilo churrigueresco de fines del siglo xvii, de la que la Comisión provincial recogió y trasladó al Museo un hermoso retablo, que estaba dedicado á Santa Polonia y colocado en el lado del Evangelio; la segunda, aunque sin gran mérito artístico, tenia cierta celebridad por el culto que desde los primeros años del siglo xiii se tributaba en ella á la Virgen del Olivar, y la tercera greco-romana, restaurada á fines del xviii. Pero donde las artes han sufrido el más rudo embate, ha sido sin duda alguna en Sevilla: allí han succumbido dolorosamente grandes trozos de sus monumentales é históricas murallas, el arco ó Puerta de Triana, la de San Fernando con los grandiosos y pintorescos torreones que formaban sus costados; la iglesia de San Felipe; gran parte de la iglesia llamada de Madre de Dios, que tenia un magnífico artesonado de estilo mudéjar, capaz de sostener la competencia con los mejores de su especie; el monasterio de las Dueñas, en el que habia grandiosos retablos del renacimiento adheridos al muro;

la iglesia ejemplo tamente gran parte cuando mentos, arte la d «Tam algunos mentos miembro lacion y tradic villa. N del temp se remon sion de po dura ptes al Alfonso y monu dena y de sing ta bajo ral nota jeto de leños; á dicioner simos monjas insigne primero de la O por el S fué el p blanlo soberan hasta F tres, in Pedro I sepultu nes, en princip traslad varias podrán de estil lo alto las nu Herrera Consta del mis do casu rios cu nalmer Funda anualn tizabar bon. E á cabo sobre a observ de art y no s haberi arquec aquell se der San M nada á eacion mucho su cúp torre su ver bre un y cuy punto Al p del m amena descu provin Acade tensio

la iglesia monumental de San Miguel, notabilísimo ejemplo del arte románico-ogival de transición, perfectamente conservado, y cuya singular belleza, oculta en gran parte por los allegadizos que interior y exteriormente se le habían ido agregando, apareció tal cual era, cuando se le vió despojada de aquellos postizos y aditamentos, haciendo más sensible aún para los amantes del arte la destrucción de tan preciada joya artística.

«También en Madrid se han realizado demoliciones de algunos templos, que, si bien no eran notables monumentos de arte, no dejaban de contener algunos trozos, miembros y detalles dignos de respeto, aparte de la relación estrecha que algunos de ellos tenían con hechos y tradiciones importantes de la historia de esta heroica villa. Nadie ignora en Madrid la venerable antigüedad del templo parroquial de Santa María, cuya fundación se remonta á dudosas fechas, muy anteriores á la invasión de los moros. Mezquita por largo espacio de tiempo durante la dominación musulmana, restituida después al culto católico por el conquistador de Madrid, Alfonso VI, en 1083, y depositaria de las dos artísticas y monumentales imágenes de Santa María de la Almudena y de Nuestra Señora de la Flor de Lis, escultura de singular mérito la primera, aunque disfrazada y oculta bajo suntuosos y anti-artísticos ropajes; pintura mural notabilísima del siglo XIII la segunda; ámbas objeto de piadosa devoción y reverente culto de los madrileños; ámbas acompañadas de tiernas é interesantes tradiciones. Bien conocidos son asimismo los importantísimos recuerdos históricos que excita el convento de monjas de Santo Domingo, fundado y habitado por este insigne varón en los primeros años del siglo XIII, el primero en que se establecieron en España los monjes de la Orden de Predicadores, y que, convertido después por el Santo Fundador en convento de monjas, se cree que fué el primero de su clase que existió en Europa. Habíanlo enriquecido con legados y donaciones diferentes soberanos y potentados, desde D. Fernando el Santo hasta Felipe II; habían morado en él muchas damas ilustres, inclusa la princesa doña Constanza, nieta de don Pedro I de Castilla, que fué priora del mismo; y hallado sepultura en su recinto distinguidos y eminentes varones, entre los cuales se cuentan el mismo D. Pedro y el príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, que después fué trasladado al Escorial. Encerraba además este templo varias preciosidades artísticas, de las cuales no todas podrán conservarse en los Museos: el precioso ábside de estilo mudéjar, que pocos años há se descubría desde lo alto de la plazuela, y después quedó oculto detrás de las nuevas construcciones; el espacioso coro, obra de Herrera, y su hermosa sillería; el sepulcro de doña Constanza, de delicadísima escultura; la estatua orante del mismo rey, que formó parte de su sepulcro, destruido casi del todo en tiempo de la invasión francesa; varios cuadros notables de Caxés, Maratí y Jordan, y finalmente, la famosa pila en que fué bautizado el Santo Fundador, que envuelta en otra de plata se exponía anualmente á la pública veneración, y en la que se bautizaban todos los príncipes españoles de la Casa de Borbon. El derribo del primero de estos templos se llevó á cabo rápidamente sin conocimiento de la Academia: sobre el segundo hizo este cuerpo artístico respetuosas observaciones al gobierno, y una reseña de los objetos de arte y antecedentes históricos que le enriquecían; y no se ha terminado su demolición sinó después de haberlo hecho examinar además por una comisión de arqueólogos, y acordado la traslación y conservación de aquellas preciosidades al Museo de Antigüedades. Hânse derribado también las parroquias de Santa Cruz y San Millán; la primera, que estaba ya hace tiempo destinada á desaparecer para el necesario ensanche y rectificación de aquellas calles, cuyo templo había sido no há mucho reformado con obras de alguna consideración en su cúpula y decorado interior, y cuya alta y robusta torre descollaba sobre todas las de Madrid, no sólo por su verdadera altura, sino también por estar edificada sobre una eminencia; y la segunda por parecidas razones, y cuya pérdida no es de ningún modo sensible bajo el punto de vista del arte.»

Al par que ha procurado la Academia la conservación del mayor número posible de antiguos monumentos, hoy amenazados por el espíritu innovador del tiempo, no ha descuidado reavivar el movimiento de las Comisiones provinciales; pero de estos trabajos y de los de otras Academias y Corporaciones nos ocuparemos con la extensión necesaria en la próxima revista.

FLORENCIO JANER.

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Hermoso privilegio es de las nobles lides de la inteligencia atraer al palenque donde se verifican numeroso concurso, escogido siempre y compuesto de personas de distinto sexo y edad, de varia y aún contrapuesta opinión en otras materias que suelen, por desgracia, separar y enardecer los ánimos. Y cuando el campeón que mantiene la liza viene precedido de alta é indisputable fama, es de ver cómo compiten en el deseo de acudir presurosos á tributarle aplausos el saber, el talento y la belleza.

Cuantos asistieron el 25 de marzo último á la casa de la calle de Valverde, donde la Academia Española tiene su domicilio, encontrarán justa y verdadera la observación que antecede. Al tender la vista por el salón destinado á las solemnidades académicas, al ver en aquellos escaños al ministro de Fomento, Sr. Echegaray, al director de Instrucción pública, Sr. Merelo, á los señores Nocedal, Tamayo, marqués de Molins, Hartzbusch, Valera, Campoamor, Rossell y muchas otras lumbreras de nuestra literatura; al ver aquel público compuesto de poetas, escritores, oradores, autores y actores dramáticos y personas notables por otros conceptos, algunos de tan distinta opinión política como los Sres. Cisneros y Sanchez Ruano; al contemplar, embelleciendo y avalorando la concurrencia, á las señoras condesa de Torrejon é hijas, duquesa de Híjar, condesa de Vilches, marquesa de Loring é hijas, marquesa de Villaseca, señora y señoritas de Camprodon, señoritas de Guzman, señora de Ayala (D. Baltasar), señoras de Gardoqui, doña Matilde Díez, la actriz eminente, señoras de Pacheco, etc. etc.; al ver esto, se comprendía cómo el sentimiento del arte funde y avasalla todos los demás sentimientos, y consolábase el ánimo pensando que aún en medio de otras luchas no falta en España quien le tribute el merecido culto.

Verdaderamente era aquella una solemnidad literaria. El autor de *El tejado de vidrio* y de *El tanto por ciento*, el Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala, iba á tomar posesión de la silla de académico, á que hace ya algunos años le habían llamado sus altos merecimientos en las letras españolas.

LA ILUSTRACION DE MADRID, que tenía ya anteriormente decidido publicar el retrato del Sr. Ayala, cree que ninguna ocasión es más oportuna que la presente para llevar á cabo aquel propósito, dando al tiempo mismo algunos breves apuntes biográficos del insigne poeta cuyas obras, «mientras los españoles sientan y piensen como hoy, y hablen como ahora, serán tenidas por joyas de inestimable precio.»*

D. Adelardo Lopez de Ayala nació en Guadalcanal (hoy provincia de Sevilla, entonces de Badajoz) de una familia distinguida. Desde muy niño manifestó grandes disposiciones y extraordinaria afición á la poesía, habiéndose amamantado, por decirlo así, con la lectura de nuestros clásicos, especialmente Ercilla y Calderon, que eran sus favoritos.

Su estro poético comenzó á manifestarse produciendo algunas comedias para ser representadas por una compañía de teatro casero, que en unión de otros jóvenes, ó mejor dicho, niños de su edad, había formado. Allí era como Shakespeare, Molière y Lope de Rueda, autor y actor á un tiempo. Entre otras obras que por entonces escribió, recordamos las siguientes: *Salga por donde saliere*, *Me voy á Sevilla*, *La corona y el puñal*, *La primera dama*, *La primita y el tutor* y *La Providencia*. De ellas sólo se conservan, á más de los títulos, algún que otro fragmento en que ya se marca el estilo y la tendencia que caracterizan hoy sus obras más celebradas.

De Guadalcanal pasó Ayala á Sevilla, donde cursó algunos años de Jurisprudencia; de Sevilla, siendo aún muy joven, vino á Madrid. A poco de estar en la corte presentó en el Teatro Español su primer comedia formal, digámoslo así, *El hombre de Estado*. Después de oír la el comité de censura, exclamó Rubí: «La literatura está de gala;» Breton: «Esta es la mejor mina de Guadalcanal;» y Gil de Zárate: «Este es el ensayo de Hércules.» Consiguemos aquí que si el éxito público no correspondió á estas justísimas alabanzas, en cambio es innegable que Ayala se colocó en primera línea como escritor, y que *El hombre de Estado* produjo grandísima influencia en la literatura dramática de nuestros días.

A esta primera obra siguieron el drama *El castigo y el perdón*; *Los dos Guzmanes*, comedia escrita para la compañía casera de Guadalcanal; *El curioso impertinente*,

* Juicio emitido por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Luis Larra y D. Juan de la Rosa González.

en colaboración con D. Antonio Hurtado; *Rioja*, *La estrella de Madrid*, *Guerra á muerte*, *Los Comuneros*, y *El conde de Castralla*, zarzuelas; y *El tejado de vidrio*, aurora de *El tanto por ciento*, con la que en concepto de algunos rivaliza.

Al nombrar *El tanto por ciento*, hemos nombrado el más brillante de los laureles que ciñen la frente del poeta. Aún parecen resonar en nuestros oídos los frenéticos aplausos con que el público manifestó el asombro que le produjo esta maravillosa comedia; aún creemos asistir á la reunión de personas de todas las clases de la sociedad, entre las que descollaba lo mejor de la literatura, que á impulsos del entusiasmo producido por aquella gran obra de arte, acordaron regalar al autor una corona de laurel de oro, costeada por suscripción voluntaria, que se cubrió en el acto. ¡Justo y merecidísimo galardón tributado al genio!

Posteriormente dió el Sr. Ayala á la escena la zarzuela *El agente de matrimonios* y la comedia *El nuevo don Juan*, digna hermana de *El tanto por ciento* y *El tejado de vidrio*. Desde entonces nada nuevo ha ofrecido el autor á la admiración del público, que anhela aplaudir sus robustas é inspiradas creaciones dramáticas; pero aún á riesgo de que se nos tache de indiscretos, diremos que el Sr. Ayala tiene pensadas y aún comenzadas á escribir algunas otras obras tan notables como las que ya conoce y aplaude todo el mundo. ¡Ojalá no tarde en concluir las y darlas á la escena!

Réstanos decir algo de la vida política del Sr. Ayala.

Elegido en 1857 diputado por la provincia de Badajoz, ha venido casi sin interrupción representándola en las Cortes, si bien apartado de la política activa, hasta los sucesos de 1868. Un sólo discurso pronunció en todo ese período de tiempo, y de él queda aún memoria: su objeto fué combatir el proyecto de ley de imprenta presentado por el Sr. Nocedal.

Amigos y adversarios convinieron en que, á semejanza de lo que aconteció con su primera comedia, al comenzar á manifestarse orador se colocó en el punto donde los mejores concluyen.

El papel que ha desempeñado en la revolución de Setiembre todos le conocen. A raíz de ella y encargado del ministerio de Ultramar, tuvo que hacer frente al formidable movimiento separatista de Cuba que estalló por entonces. La perla de las Antillas no dejó de ser provincia española: la historia juzgará qué parte ha tenido en este suceso la política previsora, prudente y enérgica del que en tan críticas circunstancias se halló al frente del departamento de Ultramar:

.....At posteri
L'ardua sententia.....

Nosotros debemos ser aquí muy parcos al tratar de cuestiones políticas, que la índole de este escrito apenas consiente. Apréciense como se quiera al hombre político; el poeta, el autor dramático, es y será, sin disputa, un timbre glorioso para la nación española.

A***

D. JOSÉ MARÍA DE BERANGER,

MINISTRO DE MARINA.

El distinguido hombre político que hoy nos ocupa, últimamente elevado al cargo de Ministro de la Nación en el departamento que naturalmente le corresponde por su carrera, nació en Cádiz en 1824.

Fueron sus padres D. Francisco de Beranger y doña Asunción Ruiz de Apodaca, sobrina del ilustre conde de Benedicto, virey de Méjico, tan digno de elogio por el celo y patriotismo con que desempeñó este alto puesto.

Treos años no más tenía Beranger cuando dió principio á su carrera como guardia marina. Desde este tiempo hasta el año de 1847 en que empezó su primer mando en el Mediterráneo, fueron muchos los servicios que prestó en las Antillas á las cuales salió destinado. Poco después de 1847 le vemos ya en la costa de Galicia como comandante del bergantín de guerra *Constitución*.

Cuando el inteligente y bizarro brigadier de marina Yañez desempeñó una comisión científica en Inglaterra, D. José de Beranger fué elegido para ayudarle con su actividad é inteligencia á la realización de aquel encargo. De vuelta ya en España, el general Armero le envió á inspeccionar la construcción de dos máquinas contratadas con la fragata del nuevo *Vulcano* en Barcelona, y las cuales tenían la especial circunstancia de ser las primeras que la industria particular había hecho para nuestra Armada.

Claramente demuestra la inteligencia que desplegó en su comisión el haber sido nombrado á su vuelta para

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuacion.)

— Acepto los consejos, respondia D. Braulio, pero no admito los elogios: he sabido que antes de ayer estuvo usted en Capellanes, lo cual es un escándalo que me pone en ridículo.

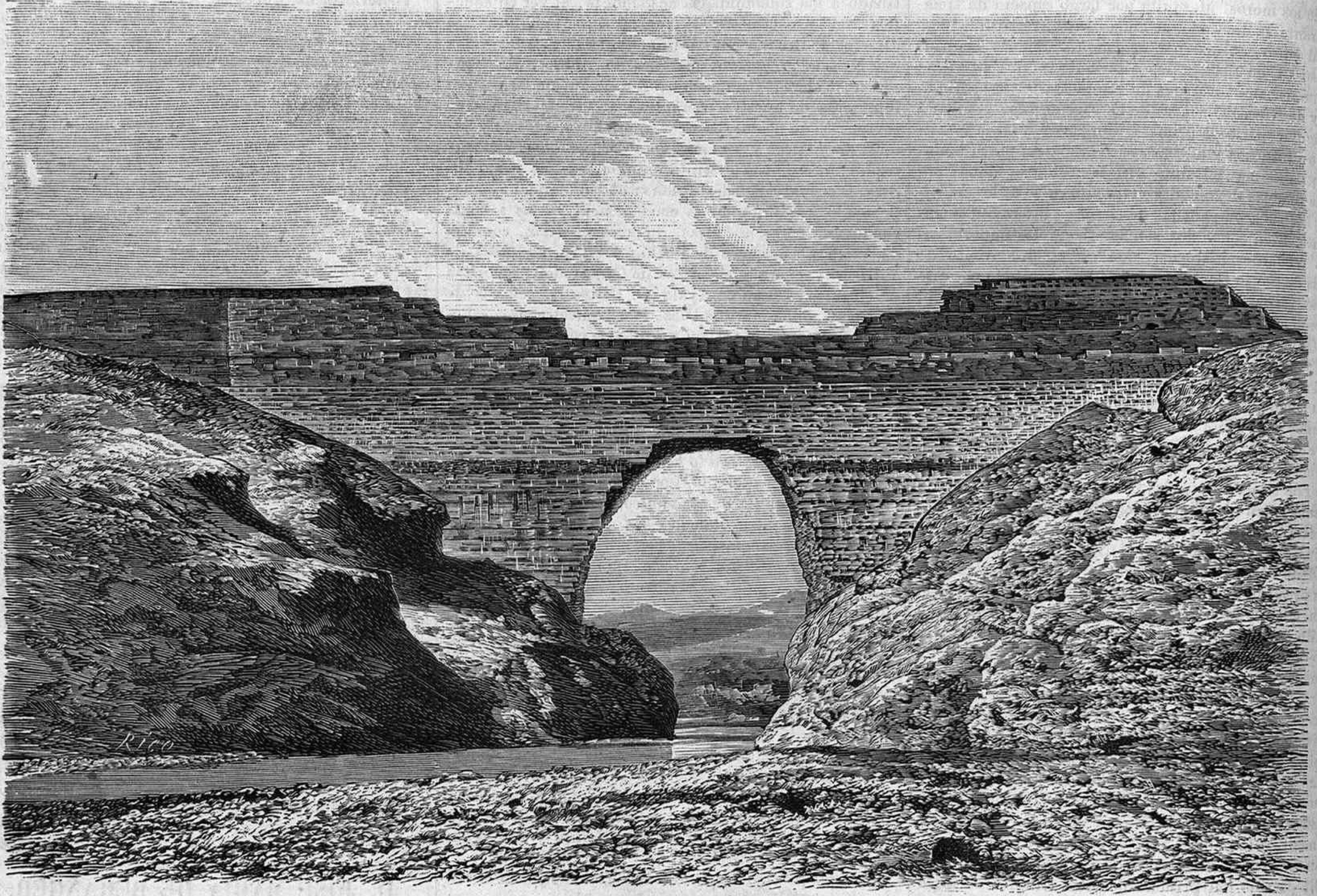
— Le aseguro á Vd. que lo hice completamente distraído... Por cierto que, hablando de otra cosa, debo

— ¡Qué diablo! No señor: el diablo ignora las leyes de ese juego; la torpeza de Vd., amigo mio: no vuelva Vd. á jugar hasta que pueda hacerlo por su cuenta.

Aquí llegaban en su diálogo, cuando Clotilde entró en el salon atrayendo las miradas: era esbelta de cuerpo, airosa y elegante; negras pestañas velaban sus oscuros ojos, y en su dulce sonrisa se adivinaba que su corazon debía sonreír tambien como sus lábios.

D. Braulio apenas reparó en la recién llegada: Luciano observó al momento que no venia acompañada de su madre: en otra ocasion le hubiera alegrado el descubrimiento, pero no aquel dia en que iba á ser sustituido por su amigo.

— Es preciso, dijo á D. Braulio, que salude Vd. á Clotilde: no olvide Vd. decirle lo mucho que la quiero, y



PANTANO DE LORCA.

El general Zavala, al establecer en Londres la comision de Marina que debía servir para facilitar la adquisicion de pertrechos, para estudiar los adelantos que en la marina se hacian en aquella gran nacion marítima, y para vigilar en los astilleros ingleses las obras de varias fragatas blindadas que á la sazón tenia encargados en los mismos el Gobierno español, eligió á D. José de Beranger para llevar á efecto el citado establecimiento, lo cual hizo correspondiendo plenamente á la confianza en él depositada.

Tomó despues el mando de la fragata blindada *Victoria*, con destino á la campaña del Pacífico. Las autoridades inglesas detuvieron este buque, fundándose en las leyes de la neutralidad, y el viaje no pudo realizarse.

Las relaciones que en Londres contrajo entonces don José de Beranger con el general Prim, fueron el primer lazo que le unió con el alzamiento de Setiembre de 1868, al cual contribuyó dando en el Ferrol con la *Victoria* el grito revolucionario.

La consideracion de tan importantes servicios y de sus distinguidas dotes le han colocado poco hace en el elevado puesto que hoy ocupa, y en el que seguramente dará nuevas pruebas de su capacidad é inteligencia.

participarle una noticia. Acaba Vd. de perder tres mil reales en el juego.

— ¡Tres mil reales!... exclamó asustado D. Braulio, Usted concluirá por arruinarme.

— ¡Si era la partida en que Vd. siempre juega!

— Pero yo apunto flojo, y en perdiendo cinco duros me retiro.

— Todavía ha sufrido Vd. otra derrota: los amigos de Vd. me citaron en la Perla, para presentarme un jugador de ajedrez norte-americano, á quien pretendian que venciese; yo me escusé lo mejor que pude, pero sin resultado.

Don Braulio, cuya reputacion de ajedrecista era europea y habia ganado una partida al club de Nueva-Orleans, jugada por el cable sub-marino, tembló al oír á Luciano.

— Hable Vd., hable Vd., que estoy en ascuas.

— Pues bien, despues de ganarme el primer juego, el yankee me dió dos torres de ventaja.

D. Braulio sudaba.

— ¿Usted se defenderia?

— Todo lo que pude; pero me ganó con las dos torres, y luego dándome de ventaja cuatro piezas, y por último, quedé derrotado en una partida que jugó el norte-americano con sólo sus peones.

Aunque estaban en un gabinete muy concurrido, don Braulio no pudo menos de cubrirse en señal de conflicto.

— Yo creo, dijo Luciano para consolarle, que el diablo intervino en el asunto.

creo conveniente que permanezca Vd. á su lado poco tiempo; en los salones todo se critica.

— Así lo haré, dijo D. Braulio; pero me parece esta noche la primera en que teme Vd. la crítica.

— Sea Vd. expresivo, pero breve; añadió Luciano sin darse por entendido.

Mientras D. Braulio desempeñaba tan delicadísimo encargo, Luciano examinaba atentamente la fisonomía de Clotilde: á cada sonrisa de su novia, su corazon latia de impaciencia: no contenta, preocupada quisiera haberla visto; mil pensamientos absurdos le asediaban. Comprendia que estaba representando el papel más triste que representó jamás hombre alguno, y más de una vez y más de dos estuvo á punto de interrumpir el coloquio, diciendo en alta voz:—Basta de broma.

Feliz ó desgraciadamente, una linda morena se acercó al fingido Luciano, con quien habló algunas palabras. Este dirigió á su amigo una mirada desgarradora, y siguió á la jóven al piano. Luciano, que comprendió el apuro de D. Braulio, se alegró interiormente por vengarse del mal rato sufrido.

El caso era muy sencillo: Luciano estaba comprometido de antemano á repetir un duo muy en boga, en que tomó parte varias veces, y no habiéndose escusado, por olvido, no habia medio de eludir el compromiso. Pero don Braulio no sabia música y el pianista preludiaba. Se impuso silencio; un silencio más profundo que de ordinario: todos se habian propuesto saborear hasta la más insignificante de las notas.

—Est
—Esc
cajita d
repente
—Ad
—No
y puede
Don
victorio
Como
sabia d
confiada
Una
cho el p
creyend
cuchaba
guirle,
complet
El pi
ñar á la
Casi
una dis
en el sa
Cloti
rincon
una tin
el que a
El bu
pronto
alta voz
de la v
triumfo
moral a
La ti
temente
duo con
Lucia
tilde. N
de cost
hizo un
chaba a
cion de
aquello
cion in
Aun
vó que
con la
la sala
ner una
El co
un wal
vieron.
Com
só en la
tilde, v
alegría
—Es
condes
El ap
sar á D
otro an
tilde.
—Le
pobre
—Er
ciano
No h
Don
Arco.
Emp
evitar
silla.
Com
nas le
El d
enamora
cion, s
Hub
cintura
pechar
taron y
El b
Dos
pensam
Don
diablo
da de
—P
exclan
Y el
—

—Estoy ronco, dijo D. Braulio al pianista.
 —Eso no importa, contestó el músico, sacando una cajita del bolsillo: aquí traigo un específico que cura de repente la ronquera.
 —Además, he olvidado la música...
 —No pase Vd. cuidado: Sofía recuerda bien su parte, y puede Vd. conservar en la mano los papeles.
 Don Braulio hizo además otras objeciones que fueron victoriosamente contestadas.

Como había oído cantar el duo muchas veces, se lo sabía de memoria: así es que se resignó suspirando, confiando en la garganta de su amigo.

Una voz fuerte y desafinada resonó por el salón, y hecho el primer disparo D. Braulio prosiguió con valentía, creyendo en su ignorancia musical que el público le escuchaba con agrado. La tiple, asombrada, trató de seguirle, pero la voz de D. Braulio se había declarado en completa fuga.

El pianista no sabía por quién decidirse y si acompañar á la tiple ó al barítono.

Casi todos los rostros se cubrieron con pañuelos: hubo una dispersion numerosa, y las carcajadas contenidas en el salón se lanzaron en los pasillos inmediatos.

Clotilde estaba avergonzada. Luciano sentado en un rincón se tapaba los oídos. En aquel momento se oyó una tímida palmada: todos los ojos se volvieron hácia el que aplaudía: era un banquero sordo.

El buen sentido de D. Braulio hizo que terminase pronto aquella escena: soltó los papeles declarando en alta voz y con modestia que había perdido el dominio de la voz y la memoria. Los que habían presenciado sus triunfos anteriores, achacaron á alguna preocupacion moral aquel extraño acontecimiento.

La tiple estaba furiosa: el banquero se acercó galantemente, para decirle que nunca había oído cantar un duo con tanta gracia y sentimiento.

Luciano creyó llegado el instante de acercarse á Clotilde. No pudiendo desahogar su corazón con las frases de costumbre, acudió al único recurso que le quedaba; hizo una acalorada apología de Luciano. Clotilde escuchaba al anciano con deleite, pero al observar la animacion de sus miradas y el brillo insólito que despedían aquellos ojos ántes apagados, experimentaba una turbacion incomprensible.

Aunque Herrera procuraba distraerla, la jóven observó que el supuesto Luciano conversaba íntimamente con la hermosa vizcondesa del Arco, en un extremo de la sala. Desde aquel momento D. Braulio no pudo obtener una mirada.

El concierto había terminado y la orquesta preludió un wals, á cuyos sonidos todas las jóvenes se conmovieron.

Comprendiendo Luciano el disgusto de Clotilde, pensó en la manera de evitarlo; pero al oír la música, Clotilde, volviéndose al que suponía D. Braulio, le dijo con alegría:

—Es nuestro wals: Luciano dejará por fin á la vizcondesa.

El apuro del jóven no podía ser más grave. Quiso avisar á D. Braulio, pero se detuvo un instante, al ver que otro amigo suyo pedía unas vueltas de aquel wals á Clotilde.

—Le tengo comprometido con Luciano, respondió la pobre niña.

—Entonces, permítame Vd. que insista, porque Luciano ha olvidado su promesa.

No había medio de escusarse.
 Don Braulio se disponía á bailar con la vizcondesa del Arco.

Empezó el baile y Luciano, que no había podido evitar el contratiempo, se sentó tristemente en una silla.

Como era un bailarín de los más intrépidos, las piernas le bailaban al oír aquella música.

El desaire de Luciano hirió de celos el corazón de la enamorada Clotilde. Obligada á walsar en aquella situacion, sentía un malestar insoportable.

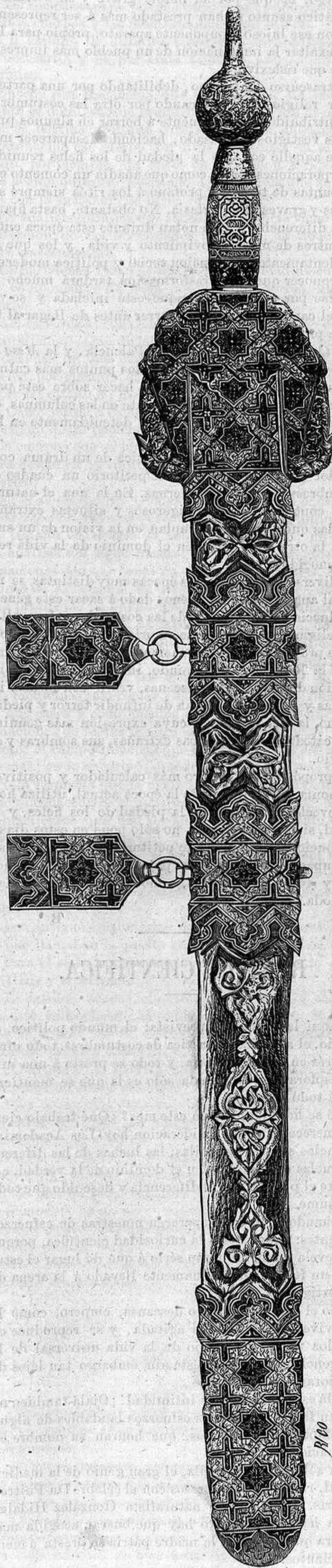
Hubiera querido llorar, pero el jóven que oprimía su cintura, la arrastraba rápidamente por el salón, sin sospechar el estado de su alma: por fin, sus fuerzas se agotaron y dió un grito de angustia.

El baile cesó y Clotilde cayó desmayada.
 Dos horas despues Luciano se paseaba en su despacho pensando en el duo y en Clotilde.

Don Braulio dormía tranquilamente, y soñaba que el diablo le detenía en una calle proponiéndole una partida de ajedrez.

—Por fin encuentro un adversario digno de mi fuerza, exclamaba D. Braulio aceptando la partida.

Y el diablo le decía de la manera más amable:
 —¿Quiere Vd. que juguemos en su casa ó en la mía?



ESPADA DE BOABDIL.

CAPITULO V.

A CABALLO.

La tarde estaba hermosa.

Una hora hacia ya que rodaban por la Castellana los carruajes de los ministerios, cuando empezaron á enfilar en el paseo coches de Lázaro, lujosas carretelas, modestas berlinas y ligerísimas arañas.

Desde las calles paralelas, los madrileños de á pié miraban con curiosidad, envidia ó filosófica indiferencia aquella móvil cadena de coches, en que estaban estrechamente eslabonados el descendiente de Lain Calvo con el peluquero enriquecido, el absorto provinciano con el diplomático impasible, el mudo de nacimiento con el académico de la lengua, el banquero y el amante desbancado, el ignorante y la mujer de historia, y el vástago reciente de un noble primerizo con el último y estéril ramo de un tronco aristocrático.

Los coches rodaban; trotaban orgullosos los caballos; las señoras sonreían y los hombres saludaban. Sólo los cocheros permanecían majestuosamente impasibles en medio de tantos signos de amor, amistad ó cortesía, á ménos que algun miserable coche de plaza tratase de ingerirse con cinismo en tan elevada compañía.

—Está Vd. desconocido, Luciano, decía un jóven elegante, conteniendo á su hermoso potro con trabajo; decididamente, ¿no puede Vd. moverse?

—Ya le advertí á Vd. que tengo todo el cuerpo dolorido: sólo sus instancias me decidieron á montar; pero le aseguro á Vd. que no saldré del paseo, respondía don Braulio, obligado por compromiso á lucir las dotes de jinete que su amigo poseía.

—¡Bah! Faraon tiene un galope muy cómodo: con algunos minutos de ejercicio entra Vd. en calor, y esta misma tarde daremos unos saltos.

—¿Saltos dice Vd? exclamó D. Braulio todo asustado y fingiendo una voz de moribundo; créame Vd., estoy inútil.

—Ya veo un medio de que aplique Vd. las espuelas á su jaco: precisamente se acerca el carruaje de Clotilde.

—Pues juzgue Vd. el estado de mi salud, cuando evito tan agradable encuentro.

—¿De veras? Entonces le abandono para dar unas carreras: es Vd. hombre incierto. Dentro de media hora le buscaré para retirarnos juntos.

Y picando á su jaco, desapareció á lo largo del paseo.

Don Braulio hizo dar media vuelta al caballo, cuyo genio le habían ponderado, digámoslo en obsequio de su prudencia, despues de estar sobre la silla: buscando un medio pacífico de pasar aquella insufrible tarde, murmuraba estas palabras por lo bajo:

—Quisiera saber lo que hemos ganado Herrera y yo con el trueque de los cuerpos: Luciano se aburre dentro del mio, y si bien me he procurado con el suyo un bienestar puramente físico, en cambio no gano para sustos. Héteme aquí, sin ser jinete, montado sobre un caballo de sangre, en medio de este laberinto: ¿qué haré si el animal, ménos ciego que los hombres, conoce que yo no tengo el alma de Luciano, ó si con un movimiento inadvertido le doy la señal de encabritarse ó de hacer otra clase de ejercicios? ¿Quién se puede divertir á mis años caracoleando en el paseo ó bailando en los salones? Y si al ménos hiciese un estudio del mundo durante mi cautividad... Pero ¿qué me puede ofrecer el mundo que no conozca mi experiencia?

La vizcondesa del Arco, que iba sola en su carruaje, le saludó en aquel instante de una manera expresiva.

—¡Hermosa mujer! dijo D. Braulio: más franqueza en sus miradas, más redondez en sus formas, más brio en su belleza y ménos escrúpulos en su alma: ¿qué juventud tan larga: hace veinticinco años que empezó á ser jóven... cuánto la quise! Aún hoy, tal vez sea la influencia del nuevo corazón que late en mi pecho, siento que me interesa su hermosura. Hace tanto tiempo que esos ojos evitaban encontrarse con los míos... ¿Y por qué no he de sacar partido de mi situacion? ¿Por qué no he de utilizarme del pacto? La otra noche me manifestaba un interés... Me decido: los carruajes van despacio, y es un medio de pasar la tarde sin peligro.

Mientras D. Braulio se aproximaba al coche de la vizcondesa, Luciano seguía de cerca el carruaje de Clotilde cuanto le permitía su cuerpo fatigado.

—No puedo más, dijo por último, dejándose caer sobre una silla: hoy los coches tienen una ligereza inaguantable.

Y sus ojos se fijaban con insistencia en los rostros bellos, los cuerpos elegantes ó el ademan provocativo de las mujeres que cruzaban por el paseo; ni una sola mirada recompensaba su mudo galanteo: para la electricidad del amor, las arrugas hacen el efecto de aisladores.

En tanto su amigo, colocado junto al estribo de un lujoso coche, bañaba su orgullo en sonrisas amorosas.

—Herrera, voy a ser franca: aprecio mucho este rato de conversacion, decia la vizcondesa mirando a Luciano fijamente, pero no se lo agradezco.

—Hace Vd. bien: Amelia, de la gratitud sólo nacen afectos tranquilos y vulgares.

—No hablo en ese sentido, y sin embargo, las palabras de Vd. me confirman en mi idea; quien así se expresa, tratará de parecer ingrato, para inspirar, en vez de sentimientos vulgares, pasiones y arrebatos.

—No comprendo, vizcondesa.

—Pues bien, me explicaré con claridad: en los galanteos de Vd., a que no me opongo si han de serle útiles, sólo veo un pretexto para inspirar celos a Clotilde y aumentar la violencia de su cariño. ¡Es tan niña! ¡A su edad el corazón está tan tranquilo!

Don Braulio conoció que se trataba de exigirle un sacrificio. La mirada de Amelia tenía una intencion profunda y enloquecedora.

—Siempre la misma, murmuró; cuando el alma nace vieja ó egoísta, el cuerpo vive joven muchos años.

Y añadió en voz alta, pero inteligible sólo para Amelia:

—Dice Vd. bien; un corazón tranquilo ni siente ni padece. Prefiero una mujer sin corazón...

—Tienen sus peligros para un joven.

—Al menos que el joven tenga alguna experiencia...

—Lo cual es muy difícil.

—Pero no imposible; yo por ejemplo, vizcondesa, poseo toda la experiencia de un anciano.

Amelia no pudo contener una alegre carcajada.

—¿De cuándo acá esos alardes de madurez tan atrevidos?

—Desde que puedo justificarlos con mi estudio del mundo y mis recuerdos.

Don Braulio se sonrió, y la vizcondesa hubo de bajar los ojos turbada, sin saber a qué atribuirlo: sin embargo reponiéndose, dijo con dulce ironía.

—Confiese Vd. que sus recuerdos han de ser por fuerza muy recientes.

—Usted decidirá: puedo contarla historias, novelas de todas épocas: la última de que me acuerdo debió ocurrir cuando Vd. tenía veinte años: declaro, pues, que mi novela no es antigua.

Amelia se mordió los labios, sin abandonar por eso su sonrisa.

—Y ¿es interesante la novela?

—No, señora, dijo Luciano bajando la voz: sólo se trata de una niña candorosa y un hombre muy enamorado: la escena pasa en la Habana.

La vizcondesa callaba y palidecía...

Lo imprevisto del ataque la hacia perder su serenidad y su aplomo: no obstante, algunas reflexiones volvieron a su espíritu la calma.

—Las novelas cubanas son muy frías, dijo Amelia.

—El desenlace de la mía la va a dejar a Vd. helada.

—Entonces, espere Vd. a que me ponga el abrigo.

—¿Está Vd. ya dispuesta?

—Pero ¿tan terrible es el final de la novela?

—Todo lo contrario: se quedará Vd. fría por el desencanto. Figúrese Vd. que es el siguiente. Cruza en un carruaje una señora bella y elegante: un mulato muy joven, vestido con librea de lacayo, ocupa un sitio del pescante. Las facciones del lacayo son una copia exacta de las facciones de la dama.

Don Braulio pronunció pausadamente sus palabras, observando el efecto que producian en Amelia. La vizcondesa estaba lívida.

—Por fin, dijo entre sí D. Braulio, recreándose en aquel odioso espectáculo, por fin he logrado producir una emocion en ese pecho insensible. Por fin me sirve de algo el cuerpo de Luciano. Ahora lo natural es que Amelia procure conquistarme, por venganza.

Y saludándola con ironía, picó distraídamente los hielos del caballo.

(Se continuará.)

LA SEMANA SANTA.

UNA COFRADIA DE PENITENTES EN PALENCIA.—LA MESA DE PETITORIO EN MADRID.

Todas las ceremonias religiosas del culto católico se han revestido en España de un carácter peculiar del país. Las de la Semana Santa, en que los fieles conmemoran la Pasión y Muerte del Redentor de los hombres, son, sin

embargo, las que por su índole grave y su solemne y dramático asunto se han prestado más a ser representadas con ese lujoso é imponente aparato, propio para herir y exaltar la imaginación de un pueblo más impresionable que reflexivo.

El trascurso del tiempo, debilitando por una parte el fervor religioso y modificando por otra las costumbres, ha contribuido poderosamente a borrar en algunos puntos los vestigios del pasado, haciendo desaparecer mucho de aquello con que la piedad de los fieles reunidos en corporaciones parece como que añadía un comentario con sus puntas de teatral y profano a los ritos siempre solemnes y graves de la Iglesia. No obstante, basta fijarse en las diferencias que se notan durante esta época entre los centros de mayor movimiento y vida, y los que siguen lentamente la evolución social y política moderna, para conocer que esta transformación tardará mucho en operarse por completo, aunque esté iniciada y se vea claro el camino que ha de recorrer antes de llegar al fin que se propone.

La *Cofradía de penitentes* en Palencia, y la *Mesa de petitorio* en Madrid, señalan los dos puntos más culminantes del estudio que se podría hacer sobre este particular, no ya somera y ligeramente en las columnas de un periódico, sino concienzuda y detenidamente en las páginas de un libro.

La cofradía es la escena fantástica de un drama conmovedor y terrible: la mesa de petitorio un cuadro de costumbres elegantes y modernas. En la una el natural ofrece contrastes de luz vigorosos y siluetas extrañas como las que sólo se contemplan en la visión de un sueño; en la otra todo entra en el dominio de la vida real y es conocido y visto.

El diverso carácter de dos épocas muy distintas se revela, al aproximarlas, al menos dado a sacar este género de deducciones del estudio de las costumbres. La exaltación religiosa, en la que trae su origen de siglos pasados, sólo se propone reavivar la memoria del sangriento drama de la Redención del mundo, imponer con la representación de sus terribles escenas, vestir con formas inusitadas y solemnes que han de infundir terror y piedad y pavor, la idea cristiana, cuya expresión más genuina era la catedral con sus líneas extrañas, sus sombras y su misterio.

Un propósito santo, pero más calculador y positivo, en armonía con la índole de la época actual, utiliza hoy en provecho de la miseria la piedad de los fieles, y la caridad, siempre ingeniosa, no sólo pone en estos días a contribucion en las mesas de petitorio el impulso del alma compasiva, sino que hace pagar tributo a los mismos vicios y ridiculeces sociales, como el orgullo, la vanidad ó la moda.

B

REVISTA CIENTÍFICA.

Hé aquí la dificultad prevista; el mundo político, el literario, el artístico, la crítica de costumbres, todo ofrece interés en nuestra patria, y todo se presta a una mirada exploradora; la ciencia sólo es la que se mantiene ajena a todo progreso.

¿Qué se ha publicado en este mes? ¿Qué trabajo científico merece nuestra consideración hoy? Las Academias de ciencias siguen tranquilas; las luchas de las diferentes escuelas que contienden el dominio de la verdad, ceden ante el peso de una indiferencia y descuido que todo lo consume.

De cuando en cuando aparecen muestras de esfuerzos impotentes: nada excita la curiosidad científica, porque nada revela un movimiento serio a que dé lugar el estudio de un fenómeno últimamente llevado a la arena de la investigación.

Como el pensamiento no descansa, empero, como la razón vive perpetuamente agitada, y se reproduce en todos los países un reflejo de la vida universal de la inteligencia, España no está sin embargo tan lejos de un mejoramiento científico.

¡Ojalá estuviera en más intimidad! ¡Ojalá también no vivieran tan ignorados los esfuerzos laudables de algunos compatriotas nuestros, que honran su nombre en otras naciones!

Bien sabido es que Orfila, el gran genio de la medicina legal, rivalizó en progresos con el célebre Du-Puitren en París. Hoy nuestro naturalista Gonzalez Hidalgo declara hasta qué punto hay que buscar acogida más lisonjera que la que en la madre patria se presta a ciertos adelantos.

Verdad es que Francia es el país privilegiado para acoger teorías que ella difunde. La lengua de Buffon

puede ser escasa; escasa la de Laplace, Biot y Berthelot; pero estos y tantos otros nombres ilustres revelan que esta lengua es capaz de anunciar al mundo culto los tesoros que descubre cada día nuestra exploradora razón.

El Sr. Hidalgo publica ahora en París sus investigaciones sobre la conchiliología. En el *Journal de Conchyliologie* publicado bajo la dirección de Mr. H. Crosse aparecen sus trabajos, y hace poco que en la imprenta de la viuda Rouchard-Huzard se ha publicado el extracto y catálogo de uno de ellos.

¿Qué trabajos científicos son estos? ¿Hasta qué punto son importantes?...

¡Inocente pregunta la nuestra! Si, como dijo Jesús, el legislador por excelencia: "no pase un punto, y ni lo grande ni lo mínimo dejen de considerarse en la perfección moral," ¿con qué razón no hemos de creer importante lo grande y lo mínimo en las ciencias naturales?

Y acaso más: los eslabones que forman la cadena de estas ciencias, ¿no son igualmente necesarios?

Linneo que recolecta flores, y Cuvier que reúne esqueletos, y Rhiel que combina cráneos, ¿no suman equivalencia de progreso científico?

Así, pues, hemos de considerar importantes estos trabajos de conchiliología hechos por el Sr. Hidalgo.

Precisamente el estudio malacológico está a la orden del día entre los naturalistas, debiéndose recientemente trabajos notabilísimos a todas las Academias de Europa hace poco en este ramo de las ciencias naturales.

El tipo de moluscos ha aumentado sus clases, y una obra publicada en Inglaterra (*Jeffreys, British Conchology*) revela descubrimientos importantes hechos en las aguas que rodean aquel país.

Todas las observaciones que se hagan en este tipo son pocas, atendido a que hay algunas clases, como la de los gasterópodos, cuyas sustancias son tan útiles para la patología médica, la helicina por ejemplo; y la de los acéfalos testáceos, que tienen alimentos tan generales como las ostras y almejas, y objetos de riqueza como los de la madre-perla, que tanto abunda en el golfo Pérsico y en el mar de Ceilan.

El estudio de la conchiliología es tan vasto, que hay periódicos dedicados exclusivamente a él, y en uno de éstos es donde el Sr. Hidalgo hace conocer sus observaciones sobre los moluscos recogidos por la comisión científica española que hizo la expedición al Pacífico.

El Sr. Hidalgo dice: "Aun cuando esta expedición ha sido ejecutada en malas condiciones con respecto a los individuos de la comisión, ésta ha traído colecciones generales bastante numerosas, constando la malacológica de 600 especies representadas por unos 40.000 ejemplares.

"En la actualidad el gobierno español ha dado recursos para empezar la publicación de los moluscos del viaje al Pacífico, y se hallan en prensa las partes relativas a las conchas terrestres y bivalvas marinas. Sin embargo, me ha parecido conveniente dar este catálogo ó reseña abreviada, porque la obra española tardará algún tiempo en salir a luz, necesario para la ejecución de las láminas que han de acompañarla, y porque en ella no irán mencionadas algunas especies que han sido recogidas por D. Patricio Paz en sus viajes particulares por la América meridional."

Hace también mención de los trabajos hechos por otros naturalistas: los de Morigaud, Spix y Wagner, en el Brasil; los de Orbigny, en diferentes puntos de la América; los de Cuming, en las costas del Pacífico; los de Philippi, Hupé y Moralet, sobre las especies recogidas en Chile y el Perú por Castelnaud, Raimondi y Angrad.

No es este sólo el trabajo que nuestro naturalista da a la estampa en París. Como todos los amantes de la verdad que presienten la honra de aumentar el catálogo de hombres científicos con su nombre, cuidase muy especialmente de que se cumpla el fin de universalidad que tiene la ciencia; y así cuando las prensas de París le han acogido sus trabajos, Academias como la malacológica de Bélgica y la de ciencias de Filadelfia le han recibido en su seno.

En España ha publicado también el Sr. Hidalgo unos elementos de Fisiología é Higiene, conformes en método y exposición con la obra de Beclard, que sirve de texto en nuestras escuelas médicas.

La última edición de esta obrita acaba de aparecer, y es de sentir que no habiendo en España ningún tratado serio de Fisiología, como aunque imperfectos tenemos de Anatomía los tan conocidos y antiguos de Viseo, Martínez, Lacaba y Boscassa, es de sentir, decimos, que el Sr. Hidalgo no nos diera una prueba de que en nuestra patria hay también los Claude Bernard, Bert y otros que tanto abundan en el extranjero.

Dejamos ya al Sr. Hidalgo con este consejo de interés

patriótico
rio astr
tante obs
El cál
traordina
legnas m
investig
remota.
Así con
nomos ac
tado de r
resante
sol; per
los fenó
presion
nuestros
Si es
dida sen
minucio
ley que
No lleg
falte el
do en est
que son
existenc
Sea nu
una tran
Las m
son enor
este astr
en las m
eternam
no por v
precisan
telescop
Este f
del sol,
y en lug
rey, es p
da que
cuentra
se sostie
Otro
gunas ép
de ser v
dió en 1
años de
con la d
tres hor
Estos
ni a las
solar, co
Keple
guía, cr
interpos
una nul
fuligin
Chlac
te al pa
del sol,
cierto g
Biot, O
litos co
forman
distanc
llo, el c
se inter
planeta
eclipse,
nado.
Esta
está gen
Natur
Entre
mos me
lleva p
las cien
El a
libro, y
ser una
recogid
El as
de gran
Hace
ma ger
cina. I
tienen
miento
proced
sus apl
No h

patriótico, y felicitaremos al ayudante del Observatorio astronómico de Madrid, Sr. Ventosa, por su importante observación de las manchas solares.

El cálculo científico tiene mucho de superior, de extraordinario; la vista del astrónomo alcanza millones de leguas más que la vista vulgar, y el rico producto de sus investigaciones se extiende hasta la generación más remota.

Así con motivo de haberse notado por nuestros astrónomos aquellas manchas en el astro del día, se han agitado de nuevo en el mundo sabio un sin número de interesantes problemas acerca de la constitución física del sol; pero el vulgo, que siempre juzga desfavorablemente los fenómenos de la Naturaleza, superiores á su comprensión, abraza el triste temor de que es funesta para nuestros descendientes la presencia de esas manchas.

Si esas manchas, dice el vulgo, proceden de una pérdida sensible de la fuerza luminosa del sol; si esta disminución continúa en progresión geométrica, según la ley que rige á todos los fenómenos, ¿qué será del sol? ¿No llegará un día en que la debilitación se extienda y falte el calor y la luz al padre de nuestro planeta, cesando en éste también inmediatamente aquellos beneficios que son el principio vital de cuanto entre nosotros tiene existencia animada?

Sea nuestro propósito hoy propinar á estos temores una tranquilidad absoluta.

Las manchas del sol, según la teoría más plausible, son enormes cavidades que se forman en la fotosfera de este astro por las reacciones químicas que se verifican en las materias ígneas que le constituyen, y han existido eternamente, no obstante haberse descubierto el fenómeno por vez primera por Juan Fabricio en el siglo XVII, precisamente en la misma época en que Galileo aplicó el telescopio á las observaciones astronómicas.

Este fenómeno, pues, como inherente á la naturaleza del sol, continuará exhibiéndose siempre en lo sucesivo; y en lugar de ser un síntoma de muerte para el astro rey, es por el contrario un testimonio irrecusable de vida que demuestra la agitación violenta en que se encuentran sus elementos constitutivos, y por cuyo medio se sostiene en un estado perpétuo de conflagración.

Otro fenómeno extraordinario ocurre en el sol en algunas épocas, haciéndole perder su brillo hasta el punto de ser visibles las estrellas en medio del día. Así sucedió en 1547 por espacio de tres días completos; y en los años de 1090 y 1203 se verificó también este fenómeno, con la diferencia de que en el primero duró la oscuridad tres horas y seis en el segundo.

Estos fenómenos no pueden referirse ni á las nieblas, ni á las cenizas volcánicas, ni á la debilitación de la luz solar, como han supuesto algunos astrónomos.

Kepler, con aquella clara intuición que tanto le distinguía, creyó primeramente que eran ocasionados por la interposición de una sustancia cósmica, y después por una nube negra que suponía formada por emanaciones fuliginosas provenientes del cuerpo mismo del sol.

Chladni y Schnurrer los han atribuido posteriormente al paso de materias meteóricas por delante del disco del sol, cuya hipótesis ha adquirido en nuestros días cierto grado de verosimilitud desde que Humboldt, Biot, Olmsted y otros sabios han considerado á los aerólitos como un enjambre de corpúsculos planetarios que forman alrededor del sol y próximamente á la misma distancia de aquel astro que la tierra un inmenso anillo, el cual, en virtud de su movimiento de traslación, se interpone en algunas ocasiones entre el sol y nuestro planeta, causando en este lumínico, á semejanza de un eclipse, los misteriosos fenómenos que hemos consignado.

Esta teoría, que en nuestro sentir es la más racional, está generalmente admitida por los observadores de la Naturaleza.

Entremos en otro género de consideraciones y hagamos mención de un libro publicado recientemente que lleva por título *Manual de análisis química, aplicado á las ciencias médicas*, por D. Juan Ramon Gomez Pamo.

El autor se presenta modesto llamando Manual á su libro, y así en efecto corresponde el libro á su título, por ser una colección de observaciones basadas en hechos y recogidas de un laboratorio.

El asunto es de gran interés, y el fin á que se dirige de gran trascendencia.

Hace mucho tiempo que viene sintiéndose una reforma general del plan de estudios en la carrera de medicina. Las facultades de Ciencias, Farmacia y Medicina tienen tal conexión; son tan indispensables los conocimientos de cada una de ellas, que el atraso de todas procede de no tenerse en cuenta toda la importancia de sus aplicaciones prácticas.

No basta al médico un extenso tratado de Patología y

de Terapéutica para poder conocer las propiedades de ciertos cuerpos y las modificaciones que sufren.

Un estudio de química patológica es absolutamente necesario, y es por ende también uno de análisis química.

Sucede con frecuencia que la acción de un medicamento es débil, sucede también que es opuesta al objeto que se destina; ¿en qué consiste? en que entrando en combinación ese cuerpo con otros residentes en el estómago, por ejemplo, da ántes de su acción terapéutica una acción química, resultado de la mezcla que se verifica con la sustancia de otros cuerpos.

La análisis química que tanta importancia tiene en la aplicación de las necesidades humanas, la tiene aquí muy trascendental.

El Sr. Gomez Pamo se fija en la necesidad de conocer los componentes de cada porción que forma nuestro cuerpo.

Así es verdad; conviene este estudio, ¿pero no es elementalísimo? ¿Qué diríamos del médico que no conociese después de una emisión sanguínea qué cantidad de fibrina, por ejemplo, debía haber proporcionada á la naturaleza del estado no morbozo?

¿Cómo puede á ciencia cierta diagnosticar un médico el estado de un paciente, sin un conocimiento firme de esos cuerpos que se presentan en egragación de partes, para descubrir la sintomatología que dé lugar al diagnóstico?

El *Manual* del Sr. Gomez Pamo no va tan lejos como es de esperar vaya si perseverando en su estudio hace un tratado en el que se toque este asunto; no basta un análisis del agua natural y de las diferentes combinaciones con que brota en ciertos manantiales, condiciones de agregación de sustancias que hacen de ellas una propiedad de objeto médico; no basta el análisis de líquidos y tejidos de la economía animal y el de algunos medicamentos generales; no basta el brevísimo compendio, ó resumen de Toxicología que le acompaña; es necesario más: dada, por ejemplo, la división de ciertas medicinas, averiguar cuáles son las más eficaces y en qué casos y cómo pueden obrar mejor, y á qué combinaciones de fuerza médica se prestan. Abraza el joven doctor el campo inmenso que dá resolución á estos problemas: en lo sucesivo, siendo de horizonte más didáctico la farmacia que la medicina, sea el observador químico-farmacéutico el que preste un contingente de descubrimientos que han de aumentar el dominio de la terapéutica.

En otro tiempo, sabe el Sr. Gomez Pamo, toda la medicina consistía en remedios, y todos los remedios en la aplicación de ciertas hojas ó raíces de las plantas generalmente conocidas.

Los antiguos tratadistas de la magia natural tenían lo que llamaban la quinta esencia de los cuerpos.

Para el siglo XIX no hay más quinta esencia que el análisis y el extracto.

El extracto acuoso, el extracto alcohólico, y otros; el acetato, hidrociorato, el óxido, el sulfato, etc., todos estos modos de ser de ciertos cuerpos comprenden hoy nuestra química terapéutica.

¿Qué punto de partida hay que elegir para verificar un progreso en ese estudio?

Para no ser más extensos en nuestra revista, evitamos nosotros designar las abundantes fuentes de estudio donde hay que recurrir.

Desde Berthelot, que empieza á organizar, hasta el genio ignorado del porvenir que haga las aplicaciones, no de una química orgánica, sino de otra ciencia acaso desconocida hasta hoy, ¿cuántos esfuerzos han de hacerse, y cuánto hay que progresar!

Allí está el camino de la gloria: levantad vuestra frente; fortaleced vuestra voluntad; preparad vuestra razón, y emprendedle.

JOSÉ GENARO MONTI.

EL PIÉ.

Decididamente, no hay cosa alguna que pueda mejorar el pie para escribir un artículo, que el tema epígrafe del presente.

No puede tampoco negarse la importancia del asunto, y que es base principal de la sociedad, digno por tanto de que en él nos ocupemos con singular preferencia.

Vehículo principal de la actividad humana, la conduce por sus pasos contados á los varios fines para que ha sido colocada en este humilde planeta, denominado *Tierra*, y sin él sería el hombre como los árboles y las rocas, una masa inerte, pegada al sitio donde hubiera nacido.

Si el individuo animal racional, llamado hombre, estuviera falto de tan importante miembro, ciertamente no ofrecería uno de los rasgos más característicos para conocer su parte moral.

Esto, á primera vista, parece un despropósito, y no obstante, recapacitándolo bien, es una verdad de puño cerrado.

Cuando queremos juzgar á una persona, procuramos desde luego ver de qué *pié cojea*, y una vez observado, tomamos pié de allí para decir que fulano es hipócrita, ó libertino, ó vanaglorioso, ó que cojea de la cabeza, etc.

Aparte de esto, el pié, bien examinado, es una segunda fisonomía que nos da la medida exacta del individuo, y si el rostro es el espejo del alma, el pié es por lo ménos un cristal que de repuesto tiene aquella por si se le quiebra ó empaña el del espejo del rostro.

Imaginémonos si no un pié diminuto, con una curvatura en el empeine suave y graciosa, como la de las hojas del lirio, de planta estrecha y breve; supongámonle cándido y trasparente como Fidiás le hubiese modelado de un trozo de mármol pário, y nada más con aquel dato, con aquel *extremo*, como diría un pintor, reconstruiremos en la fantasía la figura entera de una mujer hermosa, inocente y pura como las ondinas de los cuentos del Norte.

Pero incrustemos ese pié en un zapatito de raso blanco, adornémosle con un espumoso lazo de cintas, y al verle deslizar aéreo, fugitivo, imperceptible casi, sobre las mullidas ondulaciones de la alfombra, arrebatado por las voluptuosas vueltas de un vals, la mujer poseedora de aquel pié se nos presentará vivaracha, inquieta, apasionada y ardiente, y adivinaremos en su rostro el fuego que anima su corazón.

¿Nos dará la medida de una mujer hermosa, de imaginación ardiente y novelesca, un pié perezosamente sumido en unas zapatillas de orillo, con cuya deshollada urdimbre juegue un gatazo de Angola, al calor de una chimenea? ¿Nunca!

Es un día de invierno: Madrid, envuelto en el sudario de un nublado impenetrable, oye durante horas y horas el monótono chasquear de la lluvia y de las canales: sus calles están cual no digan dueñas de lodo y todo género de inmundicias; entónces, en la travesía de una de ellas, divisamos unos piés, que avanzan de puntillas y vienen engastados en unas botitas apretadas y gallardas, que después de guarecer el empeine y tobillo, empiezan á subir atrevidas hasta un tercio de la pantorrilla, en donde juguetean unas borlas, que son como la lengua que nos dice: este pié que yo adorno, es el de una mujer vivaracha, alegre y juguetona, como el movimiento de mis flecos; reparad, si no, la coquetería del de sus piés, que van marcando pasos de baile, resonando unos taconitos de tres dedos, agudos casi como una flecha, y que pudieran servir de carcax á las del niño ciego: aquellos tacones acaso den principio á la esbelta figura de una graciosa modista; pero pueden también concluir en la erguida frente de una aristocrática dama, á quien un chubasco repentino ha sorprendido fuera del carruaje:

¡Oh, amantes! ¿No os ha sucedido alguna vez esperar inquietos á una mujer amada, en una alameda solitaria, en un sitio misterioso y oculto á las miradas de los indiscretos, y no llegar el objeto de vuestros afanes, y entónces interrogar ansiosos al polvo de la tierra para ver si guardaba estampadas las huellas de unos piés idolatrados? Pero, ¿qué digo en un bosque solitario? En medio del paseo de la Castellana ó en el salón del Prado conocería un amante, sin vacilar, las huellas de su amada. Es que los piés hablan elocuentemente, es que aquellas señales son para él tan claras y retratan tan perfectamente á la mujer que busca, como una fotografía de Otero ó de Juliá.

¿Qué gran retrato hace de su alma mezquina y miserable el hombre afeminado que á la vuelta de una esquina, ó en el descanso de la escalera, sacude y bruñe cuidadosamente el charol de unas botas, que son martirio de su cuerpo, sólo por lucir en todo su esplendor el pié en que cifra su vanidad!

¿Con qué imbécil fatuidad las contempla! Diríase que quiere ver su rostro en el acicalado charol, como Narciso en los cristales de la fuente: decidme si en aquel hombre no está el espejo del alma en su pié mejor que en las facciones de su rostro.

La vanidad empieza por los piés; por eso es la base de las miserias humanas, como que fué el primer pecado, el pecado original: por vanidad, por saber tanto co-Dios, mordió nuestro padre Adán aquella amarguísima fruta.

He dicho que la vanidad, primer pecado, empieza por los piés; observadlo bien: el día en que el infante, desenvolviendo sus piés de las enfadosas mantillas, calza por primera vez los zapatitos, que son el encanto de

su madre, aquel día el niño está tan contento como chico con zapatos nuevos.

Pero ¡qué mucho, si los piés son los que caracterizan la raza humana, diferenciándola de toda especie de animales; y por eso Platon, el divino Platon, el primer filósofo de la antigüedad, al definir el hombre, dijo que era un *bípodo implume!*

Los piés sirven al hombre, entre otras cosas, para demostrar su regocijo, y brinca de gozo, cuando no baila de contento. ¡Ahí no es nada el baile, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos!

El santo rey David, el amante de Bettsabé, el autor de los *Salmos penitenciales*, creyó que de ningún modo podía honrar mejor al Dios de Sinaí, que danzando delante del arca de la alianza, como en otro tiempo las doncellas de Judea salieron á recibirle con danzas, para festejarle por su triunfo sobre aquel gigantazo de Goliat.

¡El baile! Si hubiéramos de recorrer su abolengo, trayéndole paso á paso, ¡qué cosas no diríamos de él, aun cuando no hablásemos más que del *turdion* y la *grave pavana* que bailaron nuestros mayores, allá por los tiempos de Felipe III, ó la *revuelta zarabanda*, émula del *cancan* de nuestros días, ó ya fuesen el *minué* y la *alemanda*, en que tanto se lucieron chupas y peluquines, ó nada más el *rigodon* de nuestros salones y las *habaneras* de Capellanes!

La poesía, *divina poesía*, se ha servido también de los piés para medir sus cadencias, y si le preguntáis, os saldrá al encuentro con sus dáctilos y sus espondeos y con sus versos de pié quebrado.

¿Queréis que un poeta se sienta inspirado y que el rubicundo Apolo hinche de númenes su magín? pues dadle pié: un poeta sin pié es una campana sin badajo; no suena.

El pié es una de las cosas que más á mano ha tenido siempre el hombre: cuando se lanza á cualquiera empresa desea siquiera *entrar con buen pié*, y para conseguirlo pone *pié en pared* y lleva todo el mundo *en un pié*. Desgraciado de él si tiene un mal *paso*, da en un *tropiezo* y se le va un *pié*, porque entónces todos le dan por el *pié*, y consiguen echarle por los *piés* de los caballos.

Los antiguos tenían por pésimo vaticinio dar un tropezon al salir de su casa: apropósito de esto cuéntase que cuando el anciano Malesherbes era conducido á la guillotina dió un tropezon, y entónces, volviéndose con semblante jovial á uno de sus acompañantes, dijo: "¡mal agüero! un romano se hubiera vuelto á casa."

¿Y qué diremos del uso que el hombre hace de sus piés, cuando se encoleriza con alguno de sus enemigos? Un bofeton, cosa es sabida, es una ofensa, por decirlo así, caballeresca, noble casi, y de ella se origina un lance de honor, que enaltece al abofeteador y á la víctima; pero un puntapié humilla de tal modo, que al que le recibe le inhabilita por completo á los ojos de la sociedad.

¡Claro! Un bofeton se da cara á cara, pero un puntapié denota que quien le recibe huye del peligro; un bofeton viene á dar en la parte más noble del individuo, en el rostro, pero un puntapié... ¿dónde se recibe un puntapié!...

Pero ¿á qué fatigarnos en demostrar las excelencias de los piés, si son tales y tantas, que sobre ellas pudieran escribirse más volúmenes que contenia la biblioteca de Alejandría?

Dejémoslo aquí; pero antes de hacerlo, ¡oh lectoras! quiero que conste que en mí teneis el más apasionado y seguro servidor, que vuestros *piés besa*,

JULIO MONREAL.

EL PANTANO DE LORCA.

Gran número de arroyos que bajan de las sierras del Chiriviel afluyen al término de Lorca, y nutren con sus bienhechoras corrientes el rio Guadalantín, que recoge también y precipita su curso con las aguas de los de Luchena, Turrilla, Nublo y otros.

El raudal del Guadalantín no es, sin embargo, abundante, y apenas bastaba á satisfacer la sed de muy escasos terrenos en la gran extensión de los que aquel término comprende; así es que á fines del siglo pasado se proyectó la construcción de dos grandes pantanos; uno en el sitio del Castillo de Puentes y otro en el de Valde-Infierno, con cuyos nombres son conocidos.

Las obras dieron principio en el año de 1783; ascendiendo á una suma de muchos millones los productos que procuró el primero á la agricultura y al Estado.

Aquellos trabajos, merced á los cuales se habia logrado beneficiar grandes tierras de secano, fueron inutilizados en 1802 por una terrible desgracia. El pantano re-

ventó por el centro de su muro, como puede verse en nuestro grabado, causando destrozos considerables en muchas leguas á la redonda.

La recomposicion de este pantano ha sido siempre considerada como una obra difícilísima y de extraordinario coste. Es de esperar, sin embargo, que Lorca vea realizado algun día uno de los beneficios cuya necesidad é importancia es allí generalmente reconocida.

EL PENDON DE GUERRA

DEL

GRAN CARDENAL MENDOZA, Y LA ESPADA DE BOABDIL.

Mientras sobre las almenas de la torre Bermeja se alzaba la cruz que aún hoy se conserva en la catedral de Toledo, y flotaba al aire el estandarte de Aragón y Castilla junto al pendon de guerra del gran cardenal Mendoza, el último rey moro de Granada entregaba á los Reyes Católicos, en señal de sumision, las llaves de la ciudad morisca y la espada que no habia servido para contrarrestar el valor castellano á aquel de quien su madre dijo con gráficas palabras que ha conservado la tradicion: *¡Llora como muje lo que no has sabido defender como hombre!*

¿Qué página de historia más elocuente podria escribirse que aproxima r, como lo hacemos hoy, en las columnas de nuestro periódico, esos dos trofeos de la gloria de nuestros padres?

El arte completa en ambos la idea histórica y hace más comprensible la muda leccion que ofrecen. Por la espada se hizo el árabe dueño de nuestro país: la espa-

da de filigranada labor representa á aquel pueblo en el contraste que ofrecemos. La idea venció á la fuerza; la idea de unidad simbolizada en la religion, que llevaba sus consecuencias unitarias á la autoridad, á las leyes, al territorio. Su emblema es un giron de tela con un signo misterioso; el signo de redencion y vida bordado en él, con la figura de la cruz.

Todos los países, pero el nuestro más que ningun otro, ofrecen al artista y al pensador tesoros de formas y fecundos manantiales de ideas en esos objetos que completan la enseñanza de la historia. Buscarlos, reunirlos y ofrecer con su reproduccion ancho campo á la fantasia y al estudio, es la mision de las publicaciones ilustradas.

El pendon azul con la cruz de Santa Elena que precedió al gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza en la conquista del reino granadino, último baluarte de la dominacion sarracena, se encontraba hasta hace poco en el magnífico hospital de Santa Cruz de Toledo, fundacion del citado personaje, y hoy se ve pendiente de la hermosa reja de preciada labor plateresca que cierra la capilla mayor del templo de San Pedro Mártir de la misma ciudad.

La espada de Boabdil, vinculada en la casa del señor marqués de Villaseca, en memoria de la activa parte que tomaron sus antecesores en la conquista de Granada, se conserva con la debida estimacion en su armería.

Nuestros lectores creemos que verán con gusto el afán con que procuramos cumplir la tarea propia de una Ilustracion española, dando á luz objetos nunca bastante conocidos y doblemente apreciables por su mérito artístico y su importancia histórica.

B.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Solucion al jerooglífico anterior: EL SUEÑO ES LA IMAGEN DE LA MUERTE.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los días 12 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados *exclusivamente españoles*, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses.	22 reales.
Medio año.	42 »
Un año.	80 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	30 »
Seis meses.	56 »
Un año.	100 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 »
Un año.	160 »

AMÉRICA Y ASIA.	
Un año.	240 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabaquería de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 39.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones.	28 reales.
Medio año.	52 »
Un año.	100 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	50 »
Medio año.	90 »
Un año.	170 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	200 »
Un año.	360 »

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos. Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de *La Propaganda Literaria*.

IMPRESA DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MATUTE 5.

TEXT
de
nu
Fra
por
dri
cior
cill
Per
tra
D.
Fen
cuc
—S
Ma
GRAB
Jae
Bar
mo
pas
de
me
qui
D.
gar
qui
Cid
ven
mi

C
tadi
soci
una
pres
más
pres
jo e
posi
cons
ron
por
frut
mi
el a
do á
La
un t
dos
M
y t